

MARTA BRUNET

RAIZ DEL SUEÑO

ZIG - ZAG



“Raíz del Sueño”

por *Marta Brunet*

Ha corrido agua bajo los puentes desde el año en que “MONTAÑA ADENTRO” de Marta Brunet escandalizó por su crudeza y sedujo por su gracia cristalina, su solidez.

Esas cualidades fundamentales de la autora, ya puesta entre los clásicos chilenos, no han hecho con el tiempo sino afinarse y afirmarse. Forman la base de su personalidad.

Pero, espíritu inquieto, atento a todas las corrientes de la hora, Marta Brunet no se ha quedado allí, y sus fieles lectores pueden dar fé de que constantemente se renueva y amplía, internándose, sobre todo, por la región de los sueños hacia regiones desconocidas.

Sólo que Marta Brunet al lanzarse por ahí, peligro adentro, no divaga, no titubea, no toma la presa por la sombra ni se forja ilusiones: va con su mismo paso robusto y su mirar clarísimo proyectando su lámpara im- placable sobre las más oscuras galerías subterráneas y, si encuentra un fantasma, no cierra los ojos ni grita, sino que le apunta el haz luminoso y lo deja ahí sujeto con su clavo brillante.

Es la más lúcida de las iluminadas, la soñadora lógica, consecuente y audaz.

Va ahora a conducirnos hacia la raíz del sueño, expresión profundamente suya, y que serviría para definirla en su alianza de elementos concretos, materiales, terrestres y elementos fluídos, vagos, impalpables, hechos de sugestión y de misterio.

Todo ello, maravillosamente trabado, porque Marta Brunet, que recibió el don de narrar, ha llegado a ser una soberana artista de la prosa.

Empresa Editora Zig - Zag

RAIZ DEL SUEÑO

BIBLIOTECA DE ESCRITORES CHILENOS

publicada bajo la dirección de
HERNAN DIAZ ARRIETA

* * *

Es propiedad. Derechos
reservados para todos los
países de habla española.
Inscripción N° 11939 Copy-
right by Empresa Editora
Zig-Zag, Santiago de Chile
1948.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG S. A.

Santiago de Chile, 1949

RAIZ DEL SUEÑO

RAIZ DEL SUEÑO

COMO si la cubrieran capas de velos, finos y adherentes, luchando con ellos largo rato, en la angustia y en la obscuridad, tableteando y repercutiendo el corazón y una carga de losa en el pecho. La voz estaba dentro de ella, perdida. Lúcidamente el cerebro impulsaba a la concentración que la haría emerger en un grito, como impulsaba a las manos a deshacerse de los velos, unos sobre otros, ahogándola. Hasta que el grito repercutía en la casa, rebotando en los salones y perdiéndose en el lago frío de los espejos. Al propio tiempo que una mano húmeda se aferraba al conmutador y la luz, súbitamente, echaba la pesadilla al pozo de lo pasado.

Pesadilla que la esperaba en el centro del sueño, que ya sabía que la esperaba, obligándola a mantenerse despierta, luchando por no dormirse, construyendo agotadores juegos de imaginación, inconexas figuras de recuerdos, alucinadoras esperanzas sin perfil. Como también sabía que al regresar a la vigilia, la madre estaría a su lado, con el largo flotante camión arras-

trando por el suelo, la trenza negra cayendo por la espalda y en la cara blanca el verdor de los ojos, brillantes, duros, con algo de la expresión del animal doméstico que bien puede lamer la mano como destrozarla de una dentellada. Y sabía de la pregunta anhelantemente hecha:

—Hijita, hijita, ¿qué tienes?

Elena tardaba un rato en contestar, preguntándose con renovado espanto si la pesadilla no la provocaba la cercanía de la madre, capaz en su obstinado amor de velar misteriosamente su sueño, celosa de cuanto en ese sueño podía haber de ajeno a ella.

—Nada, madre. Una pesadilla . . .

¿Con quién soñabas?

—Con nadie, una pesadilla cualquiera . . .

—¿Sin caras?

—Sin caras, madre, te lo aseguro. Formas de angustias y nada más.

—Ojalá . . .

—Anda a acostarte, puedes coger un resfrío.

—Muy amable . . .

—No tomes ese tono, mamita; te equivocas, no te oculto nada: soñaba tan sólo que sobre mí había un enorme peso que me ahogaba.

Un instante los ojos se metían en las claras pupilas de la muchacha, abiertas transparentemente a la in-

dagación. Y con un gesto de vaga derrota al no poder ver más adentro en el azul-gris de ese iris, la madre sin una palabra se iba a la cama, al otro extremo del dormitorio, tras un biombo que su pudor imponía como cobijo a los gestos íntimos.

Elena la escuchaba rebullir suavemente, suspirar, alargarse en la cama, suspirar de nuevo, y tan sólo un largo tiempo, interminable tiempo después, la respiración rítmica le indicaba que al fin, al fin, el sueño que la rendía le libraba de ella, del anillo de su solicitud maternal alrededor del cuello, esclavizándola.

Lentamente, alzándose sobre los codos y con los ojos muy abiertos fijos en el biombo, tensa a cualquier leve indicio que le dijera de la madre despertada, Elena resbaló el cuerpo hasta sentarse. Luego las manos, llenas de sigilo, arreglaron las almohadas a su espalda. Y en seguida se deslizaron sobre el embozo, mostrando los brazos desnudos, territorios de hielo con prolijos ríos azules. Los miró atentamente, con la misma sostenida atención con que se observa cosa ajena. ¿Qué sentido tenía para ella su cuerpo? Tan fino, tan sensible, playa para que golpeará la vida que llegaba de lejos, trayéndole un mensaje de posibilidades que podía interpretar, pero que no podía seguir, inmovilizada por la sombra de la madre. Un cuerpo de diez y ocho años trabajado por inauditas ansias.

Un cuadro salió de la zona del recuerdo y se colgó en el gran muro liso frontero a su cama. Había allí un fondo de salón de casona provinciana, abierta la puerta al corredor aromado de jazmines. Había un sofá de jacarandá de alto respaldo y dos sillones a sus costados y una piel de guanaco sobre el piso de losetas rojas y negras. Y había un piano. Y una mesa redonda y dos consolas, de noble traza colonial, como todo el conjunto. Y había allí una señora de rostro blanco, con los ojos verdes y el pelo en trenzas rodeándole la cabeza como una tiara. Y otra señora miserable de carnes, vestida también de negro, servil y untuosa, indefinible de edad. Y una niña alta, con dulces ojos gris-azules y una boca caída de amargor y sumisión, defendiéndose perdidamente, queriendo en vano ser ella y no lo que querían que fuese.

—La señorita es tu profesora de piano. Darás hoy tu primera lección de piano, como te lo había anunciado.

—Mamita, por favor, no me obligues a aprender piano; ya te he dicho tanto que no me gusta.

—Lo aprenderás porque me gusta a mí.

La otra señora volvía de lado la cara filuda y azorada. La niña alzaba los ojos a los ojos de la madre, dejándose traspasar por su acero, que la hería hasta hacer brotar el llanto.

Pero ahora, de no sabía dónde, Elena sentía surgir

un rumor creciente. La sensación auditiva borraba la visual. Sus oídos eran dos enormes caracolas en que un antiguo aire, porfiadamente, decía un son ronco, inarticulado, del cual, al fin, brotaban las palabras:

—Soy tu madre . . . tu madre . . . tu madre . . .

¿Cuándo fué eso?

Una mano se alzó rechazando algo. Sí, rechazando e inmovilizando la mano alzada de la madre. ¿Cuándo? A veces, en la noche, despierta como ahora y con el calidoscopio de su vida moviéndose ante ella, sintiendo el cauteloso paso del silencio, la respiración de la madre y el pez sobresaltado de su corazón; a veces, sí, no lograba colocar en su justa ordenación las sensaciones, los recuerdos, todo lo que fluía y reflúa de su consciente y de su subconsciente, angustiándola.

—Soy tú madre . . . tu madre . . . tu madre . . .

¡Ah! Sí, aquello pasó cuando cumplió quince años y pretendió tener una amiga, visitarla, apoyarse en otra adolescencia y hacer juntas esas adorables y tiernas cosas que hacen las adolescentes: cambiar confidencias, suspirar ante el mismo crepúsculo, prestarse los moños para las melenas que pretenden un peinado de señorita, hablar de un muchacho que se cruzó con ellas y que iba silbando y cuya boca parecía ofrecer un beso. Temblar mirando las rosas abiertas de golpe en una noche y oyendo el mensaje que al alba transmite

un pájaro desde el vértice mismo del perfume de los azahares.

¿Una amiga? ¿Qué amiga? Nunca fué al colegio. En la casa, desde que el padre muriera — Elena apenas si recordaba su rostro de criollo triste —, jamás apareció nadie trayendo su regalo de cordialidad: ni familiar ni amigo. La madre no los aceptaba. Allí vivía una mujer viuda y su hija única. Viuda. Había que comprenderse del sentido de esta palabra. Viuda: sola, amarga, resentida con el destino que le hurtó al hombre que conmoviera sus entrañas. Transfiriendo a la hija el amor que sintiera por el padre, celosa de ella, sin querer admitir la intromisión de nadie en esa tutela, aislada de todo, tercamente aferrada a la criatura, único sentido de su existencia.

¿Una amiga? ¿Para qué? Víboras que lo emponzoñan todo, sí, eso eran. ¿Qué amiga? ¿Cuál amiga?

Elena contestó:

—Teresita, la hija del farmacéutico de enfrente.

—Pero tú no la conoces. ¿Cómo sabes su nombre?

—La veo cuando me subo al castaño grande. Ella juega en el jardín de su casa con otros niños; me ha invitado. Yo los veo jugar. Claro que yo soy mayor, pero estaría contenta con ellos, jugando. Y después nos pasearíamos Teresita y yo, tomadas del brazo, por la vereda . . .

La había dejado hablar, enmudecida por la estupefacción. El castaño grande . . . La vereda . . . Tomadas del brazo . . . Los niños jugando . . .

Preguntó bruscamente:

—¿Cómo sabes su nombre?

—Por sobre el muro de nuestro jardín me lanzó una piedrecita con un papel en que me invitaba y venía su firma . . .

Estaba tan llena de su deseo, de lo azul que esa escena había puesto en su vida, que sólo advirtió la expresión de la madre cuando ésta la sacudió iracunda.

Después el recuerdo se hacía confuso, por la rapidez con que pasaba todo: la madre prohibiendo aquellas subidas al castaño, prohibiendo recibir cualquier mensaje, negándose a todo cambio de vida, sacudiéndola como si fuera un trapo sucio, sacudiéndola hasta que ella, vuelta a la realidad, tranquila en su fuerza de individuo joven, se desprendiera de las manos y se echara atrás, donde no podía alcanzarla. Y la voz de la madre diciendo:

—Puedo pegarte . . . Soy tu madre . . . tu madre . . . tu madre . . .

No tuvo por amiga a Teresita. Se cortó el castaño. Se alzó aún más el muro que rodeaba la casa. Pero algunos días la madre la invitaba a salir; disponía, mejor dicho, el salir, luego de almorzar, por calles

solas, en un rápido paseo silencioso que casi parecía una huída. A veces, en estos paseos, llegaban hasta los confines del pueblo, al borde de una quebrada.

Abajo estaba el valle, verde, con el río marcado por los sauces, mostrando el quieto azul de su corriente sin apuro. Filas de álamos se iban al horizonte uno junto a otro, correctos en su uniforme color del tiempo. Al fondo las montañas apretaban sus lomos cargados de bosques y más lejos aún, un volcán deshacía su rúbrica de humo en el cielo de puro azul. Había una casa blanca junto al recodo del río. Con persianas verdes. Rodeada de un parque, con una cancha de tenis y una pista ovalada y un embarcadero. En la cancha solían jugar unos muchachos, en la pista unos jinetes salvaban vallas y el barquito cabeceaba su siesta a la deriva imperceptible. Aquella, para Elena, era la zona de la felicidad. Allí colocaba sus sueños. Su esperanza tenía ese escenario. Todo lo que la madre le negaba estaba allí: la casa sin muros, los amigos, el juego, la lectura, el derecho a medrar como un árbol sobre su propia raíz, desatando al viento su canción de hojas y de nidos.

Aprendió escalas, ejercicios y sonatinas. Teresita jamás fué su amiga. Cumplió diez y ocho años. Súbitamente la madre cambió un día el camino de las calles solas por el que llevaba a la plaza cercana. Se

sentaban en el mismo banco, siempre. Frente a la iglesia. La madre tejía. Elena miraba jugar los niños. Hubiera querido alguna vez volver junto a la quebrada para ver la casa blanca con persianas verdes. Hubiera querido... Hubiera querido tantas cosas... Su disciplina era aprender a no querer nada, a no manifestar un deseo.

Jugaban los niños. Esos eran niños que jugaban. Que corrían. Que mezclaban sus gritos espantando a las palomas y enredándolos al lento campaneó de las horas. ¿Cómo serían sus madres? Y en el pecho, como magnolia al sol, se le abría una ternura por esas desconocidas que abandonaban al niño a su risa y a su gozo, que dejaban a las muchachitas agrupar las cabezas sobre un libro, las trenzas resbalando sobre los pechos que hinchaba una misma edad de ilusión.

Estaba cansada, cansada. Como siempre. A veces ese cansancio le parecía más viejo que ella, acumulado por trabajos que no realizara jamás, superior a todo esfuerzo que hubiera hecho. Sólo en muchas vidas, en la suma de cansancio de muchas vidas, podría justificarse. Siempre estaba cansada, siempre. Aún dentro del ritmo lento que era su existencia, monocorde, trabajada por el esfuerzo único de librar su vida interior de la intromisión materna, siempre, como médula invisible, había un cansancio, un tremendo definitivo cansancio que sólo anhelaba, como caminante de alforja

al hombro vacía de todo, desesperanzado y sin rumbo, echarse al borde de una cuneta, ahí donde la hierba empieza a tomar el verde del auténtico campo, para un descanso sin término, especie de muerte, sedante, con estrellas vigilando un sueño sin pesadillas, en una noche larga que no la empavorecía, aunque en ella hubiera la certidumbre del fin.

De nuevo las imágenes se le materializaron en un cuadro colgado en el muro liso. Ella durmiendo y la madre despierta, mirándola por las junturas del biombo con un ojo brillante, verde, fosforescente; un ojo que emitía una luz como rayos en abanico. Sí, era como si de ese ojo saliera un haz de rayos que llegaran hasta ella, densos, densos. El ojo parpadeaba como un faro. Cada parpadeo dejaba sobre ella una capa de tela de araña, capas que iban superponiéndose, una sobre otra, pesando, ahogándola, adheridas a ella, húmedas, viscosas, modeladas a su cuerpo. Ella ya no era ella, era un fardo informe, una masa que se debatía, luchando por recobrase, buscando en sí misma, desesperadamente, el grito; sin voz, sin poder gritar, tableteándole el corazón enloquecido, queriendo gritar, gritar, gritar, librarse de la angustia, de eso pavoroso que la ahogaba, que la ahogaba . . .

Sólo supo que era la pesadilla cuando el grito la despertó al borde de la conciencia.

UNA MAÑANA CUALQUIERA

COMO siempre se despertó de golpe, apoderándose de la realidad instantáneamente, sin vacilación alguna. Estaba también como siempre de espaldas en el lecho, en escorzo la cara y los brazos alzados apoyaban las manos sobre la almohada. Como duermen los niños.

—Son las siete — se dijo — y ahora va a pasar la sombra de la vieja Pancha por el cielo raso de la habitación, de la vieja Pancha que puntualmente va a preparar el baño de la señora.

Sonrió, prodigiosa de juventud, cuando una sombra fué proyectada sobre el techo, especie de abanico que de un ángulo a otro abriera mágicamente sus haces. Y con una picardía que le iba de la boca a los ojos se volvió a la mesa de luz buscando el reloj. Las manecillas, sin perder nunca el juicio, marcaban las siete. Hora de despertar. Hora de levantarse. Y mientras se echaba de la cama, sigilosa y rápida, pensaba en el

misterioso mecanismo que la hacía despertar a esa hora, como si dentro de ella un resorte fuera tan preciso como el propio reloj. Como la propia señora. Se le borró la sonrisa en la boca y los ojos se entrecerraron marcando infinidad de pequeñas arrugas. Y fué como si de repente le cayeran años hasta dejarla sin edad, vieja máscara desgastada por el tiempo, implacablemente, irremediablemente.

Era tan misterioso aquel resorte que la despertaba a las siete en punto, como los otros resortes que ordenaban sus gestos al vestirse, determinando el tiempo en tal forma que a las siete y veinte, justas, entraba en el comedor para recibir de manos de la vieja Pancha la bandeja del desayuno, empezando a preparar el café para que, cuando cinco minutos después apareciera la señora, estuviera filtrado y todo dentro del ritual impuesto por una voluntad como de hierro, dura.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, Luisa.

—¿Ha dormido usted bien?

—Bien, gracias.

Era todo.

Iba vistiéndose a medida que pensaba en los resortes que dentro de ella determinaban sus movimientos. Cuando a las siete y veinte, en punto, entró en el

comedor y la vieja Pancha le entregó la bandeja del desayuno, tuvo una sensación de choque, de brusco ensamblar lo previsto a lo que estaba viendo y por un momento dudó si eran las imágenes por ella evocadas lo que veía o si era la realidad lo que estaba a su alrededor. Choque de un segundo, que le dejó las manos temblorosas levemente.

Pero como siempre, pudo decir al ver a la señora:

—Buenos días, señora.

Para que le contestaran:

—Buenos días, Luisa.

Y ella agregó:

—¿Ha dormido usted bien?

Para que le respondieran:

—Bien, gracias.

Era todo.

¿Todo?

No, no era todo. Era después anularse en una especie de aluvión de órdenes que cumplir.

—Reciba al hombre de los quesos . . . Hable por teléfono al molino . . . Verifique esta cuenta . . . Vea si barrieron la bodega . . . Suba al altillo y haga sacar al sol los cubrecamas . . . Pregunte si han despachado ya el pedido de nafta; si no lo han despachado todavía,

pregunte en mi nombre qué significa ese atraso . . . Bien sabe que debe apuntar en el libro correspondiente todas las cartas que se reciben . . . Haga estos pedidos al almacén . . .

No se podía distraer la atención de esos mandatos. Todo debía ser hecho inmediatamente, con la conciencia vigilando lo que se realizaba. Porque si no, con una adivinación que la empavorecía, la voz de la señora le llegaba cortante e imperiosa:

—Piense en lo que está haciendo.

Había terminado por lograr una disciplina, absorta en su trabajo, así fuera un insignificante menester casero. La concentración llegaba a aislarla de todo elemento externo y cuando la voz de la señora impartía una nueva orden, era como volver a un mundo donde existía algo más que una interminable hilera de cifras que sumar o que las docenas de quesos que entregaba el suizo colono o que poner número, con igual prolijidad que en una oficina de partes, a la correspondencia de cada mañana.

A la luz del patio, mediodía con sol de primavera, la cara de la muchacha era la vieja máscara que infinitas arrugas surcaran, gráfico de su cansancio, enseña de su abandono. El cuerpo enjuto mostraba un trazo de juventud, de adolescencia casi, con las formas apenas insinuadas bajo el traje como de cuáquera, azul, hasta

los tobillos y un delantal a cuadritos grises y blancos protegiéndola a esas horas de intensa labor. Probablemente, de su vida de ahora, lo más duro de aceptar fué ese uniforme grato a la señora, que no la quería vestida a la moda, demasiado frívola, que deseaba diferenciarla de una sirvienta, que no aceptaba tampoco el guardapolvo que sugería la escuela o la clínica.

Imponía eso y tantas cosas . . .

Al comienzo, cuando llegó al campo, el miedo de no lograr complacer a la señora la mantenía en continua alerta sobre sí misma, limitando su pensamiento, poniéndose vallas, obligándose a una total amnesia con respecto a su pasado. Ese mínimo pasado que se reducía en lo más lejano de sus recuerdos a la casa y a la escuela, a la casa y al taller de costura después, a la casa tan sólo, posteriormente, cuando se enfermó y no pudo seguir inclinada sobre la máquina de coser. A la casa en ese tiempo y a la desesperación de saberse inutilizada, carga para los suyos, porque cuando la vieron con los rayos X, el médico dijo que no era prudente que realizara trabajo pesado alguno, que lo que le convenía era salir de la ciudad, de la limitación del barrio obrero, e irse al campo, a la sierra de preferencia, para, en esa zona de fino aire, recuperar por completo la salud.

Pero ¿dónde ir? ¿Cómo ir? Los médicos parecen

en ocasiones hablar a través de un disco con prescindencia absoluta del medio en que medra la criatura que tienen delante y de sus posibilidades económicas. Dicen:

—Necesita sobrealimentarse; huevos, manteca, mucha leche, mucha fruta, verduras, carnes blancas. Y sol, espacio, reposo . . .

Entonces la muchacha no tuvo nada de eso. Siguió en la salita de la casa de vecindad — cuando la arrendaron en el cartel decía: “Salita” y ellas, su madre y su hermana, siguieron diciéndole casi con orgullo “salita”, “nuestra salita” —, reemplazando en los quehaceres hogareños a la madre, que, obligada por el problema nacido de su enfermedad, tuvo que buscar trabajo como sirvienta, mientras la hermana se batía ocho horas diarias con los signos taquigráficos y con la máquina de escribir en una oficina.

Por el trabajo de la madre le llegó a la muchacha “la suerte”. Lo decía la madre y lo repetía la hermana con tanto orgullo como decía “nuestra salita”. La suerte llegó mediante una conversación de la madre con su patrona, un día en que ésta se quejaba, comunicativa y simpática — por algo le decían “la loca de Teresa” entre los suyos — de que su tía Juana Elena, la rica de la familia, solicitaba una vez más una señorita de compañía.

—Le duran una semana. Estamos hartos de mandárselas, de todas las edades, de todas las nacionalidades. Gordas, flacas, viejas, jóvenes, tontas, inteligentes, gallegas, polacas, criollas. Ninguna la aguanta. Es insoportable. Nació para reina y ni por un momento abdica. Al pobre tío Lorenzo lo despachó para el otro mundo en dos años, única forma a lo mejor que el desgraciado halló para librarse de ella. Tiene millones y una avaricia tan grande como sus tierras. Yo no la puedo soportar. Ahora me escribe para pedirme que le busque otra señorita de compañía. “Otra”. Ya la conocen en todas las agencias de colocaciones y ni siquiera le contestan. A mí y a mis hermanas nos tiene cansadas. ¿De dónde le vamos a hacer brotar ese ángel de paciencia que ella necesita?

La madre preguntó, súbitamente iluminada:

—¿Es la señora que vive en las sierras?

—La misma, hija, la misma que manda y ordena para variar . . .

En la madre seguía laborando la luz.

—Niña ¿y si usted fuera tan buena que le recomendara a Laura, mi hija? Ella, dice el doctor, lo que necesita para mejorarse es sierra, buena alimentación, aire, sol . . . Aunque tuviera que trabajar. Un trabajo de señorita de compañía no es tan pesado . . .

La interrumpió riendo a carcajadas:

—¡Ja! ¿Pesado? Tendrá que trabajar como una loca; no habrá terminado de hacer una cosa cuando le estará mandando otra. Nosotros, es decir yo la llamo la cadeneta de las órdenes. Agarra por la mañana el cabo de la lana y hasta la noche no lo suelta. Una orden está metida en la otra . . .

—¿Y qué se perdería con probar?

—Nada, verdaderamente.

—Para mí sería una solución. Puede ser la vida de esta chica.

Y por eso una mañana la embarcaron llorosa y azorada, rumbo al Norte, en un tren que interminablemente se tragaba la llanura. Su equipaje era exiguo, pero la carga de recomendaciones, grande.

Obedecer. Tener paciencia. Ser prolija. Humilde. Allí la esperaba la salud, el descanso de su pobre madre que ahora podía limitarse plácidamente a la "salita", ayudar a su hermana que alguna vez saldría de apuros de cuentas. Y la esperaban ochenta pesos. ¡Ochenta pesos! Esto se decía haciendo una pausa antes de pronunciar la cifra: ochenta. Ochenta pesos.

De aquello hacía tres años. Más de tres años. ¡Qué tiempo lejano era el principio de esos tres años! Como si empezaran al otro lado de su existencia, más allá del amanecer de su propia vida . . . Lo evocaba impreciso. Lo único parado allí y tangible era su miedo

a desagradar a la señora, miedo que se tocaba, sí, como se tocaban sus manos humedecidas, una contra otra, convulsas. Aprendió a no pensar, a estarse como vacía para que el pensamiento de la señora pudiera llenarla en todo momento. Luego hubo un tiempo que se le presentaba como el sueño de un sueño, en que se soñara rebelde, librándose violentamente de ese retobo, que era la voluntad de la señora inmovilizándola, piel como la que pierde la serpiente y quedar de súbito frente a los ojos fríos de la señora, que no la intimidaban, que no la empavorecían. Eso era el sueño del sueño, cuando ella ensoñaba. Pero en la realidad, los duros ojos de la señora, como su voz, como los ángulos de su fisonomía y de su cuerpo, la volvían al centro de la servidumbre cada vez más irrevocablemente.

Como la volvían a ese centro las cartas de la madre. Ahora estaban pagando a crédito unos muebles para la "salita". Y la hermana tenía un festejante, con el cual bien pudiera llegar a casarse cuando a él lo ascendieran, lo que se merecía, porque era un cumplido mozo. Pero era claro que la chica quería tener mejor presentada la "salita" y ella misma lucir más elegante.

Fué cuando empezó a mandarles más de la mitad de su sueldo, porque ella, con buena casa, alimentada a su regalo, con su ajuar completo ¿para qué quería tanto dinero? En cambio la madre vieja y la hermana

con festejante necesitaban esto y lo otro . . . Y seguía la lista interminable de quejas, mezcladas con las recomendaciones de siempre: que fuera humilde, obediente, prolija . . .

—Haga el favor de pensar en lo que está haciendo — dijo de súbito la señora. — Mire aquí: falta el pedido del kerosén. Desde que se levantó anda en las nubes. Agregue inmediatamente el kerosén. Y vea de no hacer más sonseras. No se distraiga, piense en lo que está haciendo. Yo me voy con el administrador a la lechería. Termine eso y póngase a tejer en el corredor hasta que yo vuelva.

Agregó el kerosén. Buscó la bolsa del tejido. Se sentó en una silla en el corredor, frente al parque. Era fácil ese punto. Una vuelta al derecho. Otra al revés. Mantillas que para la Navidad la señora regalaba a los puesteros. Celeste para los varones. Rosa para las niñas. Había altos de ellas en un ropero. Celestes y rosas. Una vuelta al derecho. Otra al revés.

Entre los jazmines una calandria lanzó su trino. Volvió a repetirlo, sosteniendo las notas, como embriagada con su canto. Hizo una variación. Volvió al tema primero. Y se fué de un vuelo hasta una conífera del parque.

La muchacha había dejado insensiblemente de tejer oyendo el ritmo del canto. Cuando la calandria lo

repitió, en esa especie de exacerbación en que las notas se ampliaban hasta parecer crear círculos vibrantes, hasta hacer una angustia por la mínima criatura cuya garganta no podría resistir la fuerza de esas notas alargadas milagrosamente; cuando lo repitió como si por ella cantara la voz de todos los pájaros de la sierra, entonces la muchacha abandonó definitivamente el tejido en el regazo y vió, sí, vió, que ese canto desgarraba ante ella un espacio por el cual, súbitamente, podía asomarse a lo que estaba en su contorno, inexistente hasta ese instante como para ojos de ciego: el camino rojizo de grava y después el césped manchado de árboles en la ladera y abajo el río ancho y plácido, con el festón de los sauces y la otra ladera de la sierra fronteriza, apretada de una vegetación pequeña, crespada, verdinegra. Y atrás había la curva de otra sierra a su vez cortada por otra, y así, sucesivamente, iba el paisaje ahondándose hasta limitar con la alta cresta, tras la cual el cielo ponía su esplendor celeste, infinitamente puro.

En la conífera, la calandria cantaba de nuevo en largos arpegios. Una racha de aire onduló el paisaje y pasó sobre la piel de la muchacha, cautelosa, delicadamente tierna como . . .

—¿Cómo qué?

Sí, como una vez la mano de su hermana le acari-

ciaba la frente ardida de fiebre. Una mano suave y fresca. Cerró los ojos para dejar que la traspasara mejor esa dulcedumbre. El aire repetía la caricia, insistente, urgido. Y traía además el aroma de los jazmines, el aroma del césped recién segado, el aroma a resina que segregaba el costado roto de un pino, el aroma de la montaña, hálito de la tierra, respiración caliente que contagia su secreta llama, venida de profundos senos misteriosos.

La calandria seguía cantando. La mano del aire dejó de acariciar su piel. Abrió grandes los ojos, atónitos, de animal manso. Al frente estaba el césped, alfombra mágica para los sueños. ¿Para qué sueños? La calandria seguía cantando notas sostenidas, una tras otra, que llenaban la mañana de armonía y formas.

Cantaba la calandria. Cantaba.

De pronto la muchacha sintió que iba a pensar algo. Algo. Algo tremendo que avanzaba desde el fondo de sus entrañas, a través de sus huesos, de su sangre, de sus músculos, algo, ser vivo que saldría de ella, materializado ante sus ojos, tan visible como el paisaje. Algo. Algo que era la verdad de sí misma, su deseo, su ansia, su voz; sí, su voz, como la voz de la calandria abriendo círculos por los ámbitos del cielo.

Sintió que iba a pensar algo. Algo.

Tuvo un temblor de espanto, un tiritón en la carne

que no en el espíritu. Hizo un brusco gesto de retroceso y entonces fué el pensamiento el que volvió precipitadamente atrás, entrando de nuevo en esa región nebulosa, anterior al canto de la calandria, en que ella letalmente flotaba: grisura, atonía, clima de limbo propicio a la anulación perfecta.

—Entonces tomó la labor y siguió tejiendo como en una mañana cualquiera. Una vuelta al derecho. Otra al revés.

UN TRAPO DE PISO

LA puerta de entrada abría sobre un pequeño vestíbulo, de un costado del cual arrancaba la escalera. Al otro, un arco de tres puntos abría sobre el comedor. Detrás estaba la cocina. Arriba, los dos dormitorios y el baño.

Esa casa precedida de un jardincillo, breve cortesía del verde, ostentaba el nombre de "Sotileza" grabado en una plancha de bronce. Porque el abuelo había venido de Santander, y el padre permaneció por las raíces de la sangre aferrado a los hoscos peñascales embatidos por el Cantábrico. El abuelo significaba la mansa y no dolorida evocación. El padre era aún una ausencia rezumante de acíbares. Ambos eran ya tierra en las polvaredas de la pampa agradada de esperanzas.

Quedaba para recordarlos la mujer y el hijo sumiso, al rodrigón materno, azorado, trasudando incertidumbre, en presente ausencia sólo desmentida por el amor a la muchacha que el destino, aliado de la firma "Melero y Melero", había hecho sencillamente suya.

Una casa que se llamaba "Sotileza". Una mujer laboriosamente avejentada, con prolijas arrugas y parquedad de herramienta. Un hijo con los ojos vagos por los fondos de unos lentes, sumergido en la ácuea profundidad de su verde. Todo el lejano, ajeno de los acontecimientos, como si los lentes fueran un límite tras del cual se viere la vida sin participar totalmente en ella. Y una muchacha un poco más allá del filo de la adolescencia como un puño cerrado que aún no se sabe qué sorpresa guarda: si una medalla, una almendra, o una protesta, — salida del hogar del Melero mitad de la firma, del que seguía a la y, mitad del negocio, mitad del dinero, mitad de todo, mitad de ella misma, que nunca había sido por entero María Engracia, sino la chica de los Melero del almacén de la esquina.

El almacén lo abrió el abuelo. La casa la levantó el padre después que murió el abuelo. La firma se constituyó cuando la mujer se quedó sola, con el niño dubitativo divagando entre tercios de yerba, bolsas con nueces, y cajones de jabón que no tenían para él más firmeza corpórea que las nubes. Se asió para ello al nombre de ese otro Melero montañés, desconocido y providencial, de tosca hombría llegado a América con unas pesetas atadas en la punta de su pañuelo de hierbas, ávido de fortuna.

Doña Teresa. Roque. María Engracia.

Las paredes estaban pintadas de verde y la cruda luz que una lámpara repartía implacable cercana al cielo raso, a través de un plato de acanalado cristal, brillantaba la superficie áspera de garapiña oleosa. Había una mesa redonda, un aparador y la vitrina con su juego de jamás tocadas copas. Más las sillas, todo ello era de madera muy clara barnizada. Esplendían los vidrios y los biseles; los espejos se miraban sin parpadear en los otros espejos de la platería, llenando el aire con fríos reflejos de espadas. La luz refractaba en todo, increíblemente dura. María Engracia cerró los ojos, pero la luz permanecía adherida a ella, caliente, intolerable, derramándose en fluctuantes manchas carmesíes. Levantó entonces las manos para reforzar la insuficiente defensa de los párpados. Porque lo intolerable era ya dolor.

Doña Teresa no reparó en el gesto. No quiso reparar en el gesto. Pensó: — “Ya empiezan los melindres de la niña . . . ” Y siguió dictando impertérrita:

—Té, un kilo, nueve cincuenta . . .

Roque miró furtivamente a su mujer, los ojos amparados tras lo verdoso. Como si los lentes se quedaran solos en el aire, por obra de magia, conteniendo a la hostil realidad, y todo él se derramara en ternura de agua acercándose a su niña suya, agobiada de luz,

desesperada por hurtarse a ese ambiente de filudos perfiles.

— . . . nueve cincuenta. Manteca, treinta . . .

Apretó los párpados María Engracia, ciñó las manos a la cara. Pensó en cisternas, en oscuros presbiterios, en las densidades de miedos infantiles que espesan aún más los misterios que se ocultan debajo de las camas. Inútilmente. Por todas esas tinieblas resbalaban súbitas culebrinas, estallaban minuciosas constelaciones de fuegos artificiales, se desleían lentas nubes lechosas. Hasta que logró el negro, el negrísimo negro del espanto . . . ¿Y si desde ahora no viera nada más que ese negro? Bajó las manos. Alzó la cara y aún a través de los párpados, enfrentó la lámpara implacable. El negro espanto persistía. Cuando abrió los ojos — fría la piel, anhelante la boca descolorida —, los fillos de la luz la acuchillaron sin lástima en las retinas enloquecidas.

— . . . galletitas, cuarenta . . . queso, ochenta . . . — salmodiaba doña Teresa más allá de los enceguedores reflejos. Tamborilearon sus dedos con impaciencia — ¿Quiéres hacer el favor de atenderme lo que digo? . . . Queso, ochenta . . .

¡ Con qué ganas el hijo dejaría los lentes suspendidos, inmóvil mariposa en el aire, y detrás de ellos su sombra atenta al dictado de la madre, para irse hasta su niña

suya, ciñéndola con su brazo, ahora sí, bien cierto, rodeándole con manos multiplicadas por las caricias! Tenerla contra él junto a su flanco, silenciosamente apegado a ella, dueños de la continuidad de sus cuerpos y del denso universo nocturno que de ellos fluía, hecho de goces y de sueños de goces. Irse hasta ella, alzarla, sacarla del ambiente de vidriera, de flamante comedor, de recién pintada casa. Dejar a la madre aferrada a su realidad, y a su sombra, a su propia sombra, agachada sobre las libretas de retorcidos ángulos rebeldes. Salir con María Engracia al jardincillo, detenerse junto a la verja aspirando el perfume del jazminero que parecía llegar desde un verano de novelas tropicales, sentir al grillo empecinado en su soledad estridente, mirar hacia arriba el cielo sostenido por el temblor de las estrellas. Ganar la calle, juntos, apretados, sintiendo el ritmo de la cadera en la cadera con su presencia carnal de música en el idéntico paso, serenos, compartiendo el diluído nimbo de una dicha arcangélica.

Irse lentos, sin rumbo, sin hablar, tras el multiplicado silencio que les precedería abriéndoles paso, colmando la necesidad de estar solos, de comprobarse identificados en una única certidumbre. Sin urgencias, sin que eso significara evadirse del deber.

— . . . pan, diez. Cierra la cuenta.

Lo miró doña Teresa sumergirse laboriosamente en

la suma, trepar afanoso por las columnas de números hostiles. Cada día resultaba más lento. Nadie lo diría hijo del padre que era una luz, ni de ella, capaz de sacar adelante cualquier negocio. Estaba peor ahora que de soltero, más alelado, más ido. Suspiró mirándolo, tan flacuchento, tan despistado de la realidad. Siempre en las nubes. ¡Menos mal que estaba ella allí! Menos mal, porque si no el almacén se iría al diablo. ¿Y María Engracia? Otra también en las nubes, metida en los libros, pensando nada más que en comprar libros y revistas que le sorbían el seso, y en ir al cine, y en salir con Roque, y en que Roque le comprara novelas y en cuchichear con Roque por los rincones, y en que Roque aquí y en que Roque allá, y buenos están los mimos, pero hay que trabajar y tener disciplina, que tiempo hay para todo y lo primero es la obligación, si no se quiere que se lo lleve todo la trampa. Y después, si buenamente queda tiempo, pues se sienta una a la puerta, a tomar el fresco, o se da una vuelta por el parque, que no cuesta nada, es bueno para la salud, y no llena la cabeza de boberías.

—Cuarenta y siete pesos con ochenta y cinco centavos.

—Bien. Conforme. Abre cuenta: Felipe Hernani. Aceite, un litro.

¿Por qué no se podría vender un litro de aceite en

cincuenta mil pesos, en doscientos mil pesos, y darle la mitad a doña Teresa — la otra mitad sería la de Melero, su padre — y entonces dejarla a doña Teresa en la casa, en la “Sotileza” verde con las persianas verdes, por dentro verde y relumbrosa con relumbre de insomnio; en esa casa hecha por ella, amoblada por ella, con “cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa”, como decía el enmarcado cartel con letras góticas a la entrada del vestíbulo, para que la vida perdiera toda esperanza al entrar allí . . . ? ¿Dejarla, sobajeando aún más las innobles libretas aceitosas, sacando cuentas, o frente al fogón, trajinando entre sus cacerolas?

Dejarla. Decirle:

—Ahí se queda usted con la roña de sus libretas, con su almacén, con su clientela, con su casa verde y sus luces enloquecedoras, y que su Melero solito siga prosperando por los dos. Que nosotros nos vamos. Nos llevamos nuestro dinero, los cien mil, los quinientos mil pesos del litro de aceite que compró Felipe Hernani. Y lo gastaremos en lo que nos dé la gana: en ir al cine, y en bombones, y en viajar, con muchísimas valijas y baúles-roperos colmados de vestidos, y compraremos un auto, sí, un auto: ¿y qué? El dinero es nuestro y por eso nos iremos y estaremos solos. Y cuando nos guste, nos quedaremos en una ciudad, en un palacio

con luces amortiguadas por pantallas de seda, un palacio entre follajes sombríos . . . Y tendremos un hijo . . . un hijo, mío, para educarlo yo sola, para jugar con él y decirle . . .

— . . . fideos finos, treinta; jabón, quince . . .

Lo mismo que las manchas alucinantes que amoratan la ceguera cuando se ha mirado fijamente al sol, las palabras de doña Teresa persistían clavadas en el aire, como si fueran el extravagante título de los cuadros de su sueño. En la luz excesiva, la madre y Roque adquirirían un perfil de altorrelieve, de vieja fotografía estereoscópica. Los miró con atención: doña Teresa erguida, paciente; Roque lento y meticuloso. Un escalofrío le alfileró las carnes.

—¿Cuánto da? Sí, eso es. Bien. Abre ahora otra cuenta: Balbina de Fernández.

Cerró los ojos de nuevo María Engracia. Ahora veía otro cuadro. Ella misma en otra mesa, sobre un fondo de acariciantes grises, frente a un muchacho, que era su hijo alivianando distancias de tiempo, hombrécito ya, con la cabeza gacha y la mirada huidiza mientras ella estaba diciendo algo. ¿Qué diría? Los años se interponían entre ella y su voz inaudible. La cara del muchacho se alzaba lenta, se organizaba, prodigiosamente parecida a la cara de Roque, con igual cansancio, con idéntica máscara de forzada atención.

Se quedó tensa, queriendo oír las palabras que ella misma decía. Débiles, pero nítidas, percutieron ahora en sus oídos. Decían:

—“Tienes que irte, que viajar, que ver mundo: que acodarte a la borda y ver huir tus sueños junto con el humo de los barcos que siempre corren hacia el ayer. Meterte en las ciudades y contemplar las inverosímiles formas del vivir de los hombres. Mirar sin envidia el lento vuelo de los pájaros desprevenidos ante el avance de los aviones. Sonreír porque los idiomas desconocidos se entorpecen de gangosidades o se aclaran con ráfagas melódicas que alivian la incompreensión, y adivinar lo que quieren decirte en la cerrada expresión de una máscara de otra raza. Tienes que irte, que viajar. Debes irte, ¿entiendes? Debes irte para encontrarte a ti mismo . . . ”

La cabeza del muchacho volvía a inclinarse hasta no dejar ver en su actitud sumisa sino la negra lisura prolija del peinado. Igual al de Roque. También era igual el gesto de resignada aquiescencia.

¡Dios mío! ¿Es que acaso su hijo no querría realizar su recóndito anhelo? ¿Es que su hijo, el suyo, el de su carne, el gajo salido de su tronco caliente, es que su hijo, al que ella acunaría apasionada y defendería en amargas vigiliass de las acechanzas de la muerte, su hijo haría alguna vez ese gesto de sumisión de

Roque, subiría los hombros, hundiendo la cabeza así, apabullado por el espeso fardo de mansedumbre, mientras la madre seguía diciendo: . . . sal gruesa, un kilo?

Por primera vez se le reveló el drama de esa posibilidad: acaso los sueños de la madre hubieran sido dirigir un negocio, acaso desde pequeña jugó "al almacén", haciendo paquetitos de tierra, apilando pedrezuelas y ramillas secas. Acaso. Los sueños vienen no se sabe de dónde, se aposentán en el pecho de las criaturas y las tiranizan imponiéndoles sus formas. Y porque el hijo es el más extraño de los sueños no soñados, se quisiera realizar a través de él, todos los otros. La madre quiso un almacén. Tuvo su almacén: esa certidumbre humilde con aspereza de papel de estraza y plebeyo aroma de especies entremezcladas. Y esa dicha de relucientes columnas de latas de conservas, y de anaqueles colmados de harinas, de azúcar, de legumbres, de cuanto nutre al fin los sueños de los hombres, quiere prolongarla en Roque.

Ella en cambio quiere viajar, y a ese hijo que aún no existe, ya le tiraniza imponiéndole su mandato antes de ser concebido.

Tuvo la sensación de las pesadillas que resbalan hacia un abismo sin término. Con los ojos muy abiertos, como asiéndose a las desesperadas luces que le ofrecían su asidero al borde del precipicio, tableteán-

dole el corazón, miró a la madre con súbita lucidez: el cuerpo no duro, que endurecido de voluntad, pulido por el roce de los años, ceñido por la final desesperanza de los huesos; las manos de raíz seca, de atormentado sarmiento fuera de los puños de impecable blancura, amarillas de terror a la muerte.

María Engracia dijo lo que nunca había dicho, lo que la madre había esperado en vano muchas veces que dijera, lo que Roque esperaba que alguna vez diría:

—¿Quiere que siga dictando yo? La verdad es que el día ha sido bravo y usted tiene que estar deshecha...

La madre calló atónita. Roque temió que también sucediera lo que siempre pensaba: que los lentes se quedaran solos en el aire, porque él sentía ahora como nunca que se derramaba en agua de ternura a los pies de su niña suya. Se la quedó mirando. María Engracia sentía que la miraba y que su mirada la circuía con un suave nimbo evanescente. Sonrió a los redondeles oscuros, como les hubiera sonreído si realmente los hubiese visto solos, flotando en el aire.

La madre parpadeó varias veces. Su pasmo ni siquiera le permitió una gota de acritud para pensar: — “¿Qué mosca la habrá picado?” Simplemente, relajando su dulce estupor:

—Ten . . . — le dijo, entregándole la manoseada libreta.

María Engracia buscó la página, los torpes números trabajosamente garrapateados por el dependiente, frunció los párpados sobre los claros ojos, buscó el ángulo en que la crudeza de la luz diera mayor precisión a las cifras, y con voz ligeramente temblorosa, como transida de felicidad, le ofreció a Roque toda su ternura:

—Un trapo de piso, sesenta . . .

ENCRUCIJADA DE AUSENCIAS

LAS calles, enmarañadas y serpenteantes, caían violentamente por el flanco de la loma al mar. Al mar no, pero sí a la avenida costanera que seguía el caprichoso dibujo de las playas y de las rocas, límite para su combate, para su tableteo, para su lengua salina y familiar, para el liquen y las algas llorando su ausencia en la baja marea. Mar verdiazul, verdigrís, verdinegro, que doblaba prolijamente sus olas, sábanas con el festón de espuma por lo dorado de las arenas. Las curvas del asfalto marcaban su soledad al borde de la prima noche. La loma aupaba las casas metidas en el centro de la fragancia.

La mujer tenía la sensación de que el viento había apoyado una fuerte mano en su cintura, como mano de hombre enamorado que jugara a ir la empujando calle abajo, obligándola a apresurar el paso, risueña y escandalizada, porque aquello no estaba bien a sus años . . . Levantó la cara y volteó la cabeza, que ese mismo viento le echaba en desorden la melena por los ojos y así buscaba que en vez de desordenársela y

enceguecerla, se la peinara en su sitio, dejándole libre la visión de la calle que ya terminaba en la costanera. Allí podría de nuevo tomar su ritmo, su andar medurado, su continente discreto.

Pero al llegar a la acera otro viento contrario la tomó de frente y toda ella fué un revoltijo de pelo alborotado, de faldas arremolinadas, de blusa tremolante. No sabía a qué atender siempre risueña y escandalizada, loco el corazón y echando en contorno miradas de azoro por si alguien la veía. Pero no se divisaba a nadie y eso la tranquilizó y la hizo desentenderse de la falda, de la blusa, de la melena y seguir andando cara al viento que ahora era una sola fuerte ráfaga que debía horadar, proa obstinada que no desvía ruta.

Mano de hombre enamorado jugando a empujarla... Ahora mano de hombre, también enamorado, que la acariciara entera, probablemente más eficaz que la propia mano humana. Sí, probablemente . . . Porque ¿cómo iba ella a saber identificar la mano de un hombre enamorado, ni sobre su cintura, ni así, dedos largos en sus sienes, resbalando hasta la intimidad cosquillosa de los pies? Ella, sí, ella ¿qué sabía de todo eso?

Bruscamente se detuvo, bajó las faldas, se arregló la blusa, peinó mal que bien los cabellos. Y empezó

de nuevo a andar, como andaba ella siempre, a pequeños pasos, un poco tiesa, los codos apretados a las caderas, la cabeza levemente inclinada. Había agarrado su pensamiento — no quería obsesionarse pensando en los cómo, dónde y porqué, regidores de su existencia — lo mismo que se agarra una prenda sucia y la había tirado lejos, con esa instintiva repulsión que de pronto se siente por algo que se llevaba puesto hasta un instante antes, sin gloria ni pena, conciencia súbita de lo no limpio y que lo hace intolerable.

Su pensamiento de cómo iba ella a saber de mano de hombre sobre su cintura. Era absurdo . . . ¡Si nunca la tuvo cerca, no ya en impulso amoroso, ni siquiera en el gesto que marca una protección amistosa o familiar! ¿Qué había en ella que así la aislaba? Desde muchacha vivió comprobando a su alrededor una zona invisible que los demás tendrían que atravesar para acercársele. Miraba con una especie de recelo el grupo lejano o cercano a ella, pero siempre del otro lado de esa zona que era como su aura. De pequeña no lo notaba, silenciosamente viviendo su múltiple mundo de imágenes, sin preocuparle mucho ni poco lo circundante. Después, en el colegio, tuvo de súbito la revelación de su aislamiento frente al grupo que se entregaba al estudio, al juego, a la holganza. Pero lo inquietante de ese aislamiento se lo dió la otra edad,

adolescencia y juventud tan sin límite divisorio que forman un solo ciclo de persistente esperanza. Sí, cuando vió que del grupo, mágicamente, iban separándose parejas dentro de una atmósfera propia, mundos que se amalgamaban y se iban por su órbita común llenos de sol de dicha. Así se fueron las hermanas, las compañeras, las conocidas.

De pequeña no lo notaba. En el colegio le fué indiferente. No le era fácil el estudio, pero machacaba con tenacidad en un tema, hasta molerlo y meterlo en la memoria como parte integrante de ella y para siempre. Si en los primeros años vivió dentro de sí misma, nutrida de fantasía, al asomarse al mundo de las realidades, los cómo, los dónde y los porqué la obsesionaron en una sostenida búsqueda de conocimientos. Fué la alumna orgullo del colegio. Orgullo que estaba a su lado, substancia que se le hizo notoria y grata. Se valorizó y se estimó. Fué entonces cuando empezó a analizar por contraste la paralela que resultaba su situación en el colegio, alumna con todos los honores, y su situación dentro del grupo familiar, aislada con sus hermanas y sus amigas de ellas, que no suyas, cuchicheando deliciosas y mínimas confidencias, súbitamente silenciadas a su aproximación, que no las hacía silenciosas y hostiles, sino silenciosas y lejanas. Casi la halagó el hecho al principio, que creyó una

especie de respetuoso homenaje, pero que después se tornó antipático y que terminó por provocar voluntariamente por verlas ante ella como peces fuera de su elemento. Cuando notó en sí el repetido mecanismo de esa venganza, la juzgó miserable y las abandonó despectivamente perdidas en sus puerilidades. Se refugió, como niña, en el mundo de sus imaginaciones, al que sumaba ahora el del estudio y el prodigioso de las lecturas.

La posesión del bachillerato, la vuelta a la casa paterna, el contacto continuo con los familiares, los silencios, las miradas, las súbitas inflexiones de las voces que subrayaban una intención, lo entredicho, las asociaciones de ideas, todo ese trasmundo, fondo del otro en que ella seguía sola, se le hizo al fin intolerable. Pero subsistía dentro de ella, profundo como raíz que estuviera en su sangre y que necesitara de una tierra que sólo allí, en la realidad que vivían los otros, podía alcanzar, el impulso que la empujaba a acercárseles a tratar de salvar la zona de su aura.

No. No era eso tampoco. ¿Por qué no decir, por qué no decírselo a ella misma? Lo que la inquietaba, lo que intensamente en su ser removía raíces, era la violencia vital que las quería enlazadas a otras, trasmutadas en la pareja humana yéndose por el trazado de su destino. Al margen siempre. ¡Sola! ¿Por qué

nunca, nunca, nunca, — la triple negación le martillaba dolorosamente adentro —, un hombre no se le acercara? La tenían por bonita. Se miraba, y el reflejo de su imagen le decía que lo era. Sí, unas pupilas indagaban detalles, las suyas propias, en busca de los por qué. Bonita, alta, firme, tal vez un poco rígida, tal vez un poco seria, tal vez con la mirada demasiado sostenida y como adentrándose por el alma de las gentes, buscando también los por qué, los dónde y los cómo de su vida recóndita. ¡Siempre sola! Viendo la amistad, la ternura, el amor la costumbre de formar la pareja humana. Viendo su trayectoria feliz o desgraciada.

A veces, transida de angustia, se palpaba buscando lo que hacía huir a las gentes. Porque no era cosa de espíritu, que su disciplina era tenderse a los demás como un puente de cordial comprensión y tenía que ser algo físico, como físico era el frío de sus labios, que a veces debía humedecer para separarlos de los dientes, donde se adherían marcando un duro rictus.

Fué cuando murió la madre y quedó sola en la gran casa costina. Sí, cuando las hermanas, casadas todas, decidieron dejársela para que la habitara, a ella que le gustaba tanto la vida solitaria del pueblo. Era, además, la única soltera y ellas tenían con la dicha del hogar la holgura de una fortuna. Dejarle la casa.

Que era como ponerla oficialmente en posesión de la soledad.

Cerró entonces las puertas a toda esperanza, porque la madre — viejecita y adorable, aunque como los demás ajena a ella — era el motivo que la unía al grupo. Cortó amarras, no para echarse por mares altas, dueña de su timón, sino para quedarse a la vista del puerto, mirando siempre el vivir de los otros, reconcentrada, sufriente, sublevada contra todos y sí misma, que nunca los porqué, los dónde y los cómo de su fracaso se le aclaraban de respuestas satisfactorias.

Dueña de su soledad . . . Como si en el fondo no fuera sino una criatura hambrienta de compañía, sin un mendrugo para su boca ávida ni de amistad ni de amor. ¡Cómo era de insistente la afirmación “ni de amistad ni de amor”! ¡Cómo le dolía! ¡Cómo caía dentro de ella dando retumbos! Ni de amistad ni de amor.

Amistad. Amor. Ni mujer ni hombre a su lado. Nunca. A veces alguna hermana le decía:

—Feliz tú que puedes hacer lo que quieres . . . No sabes qué belleza es la soledad . . .

Ella la miraba atónita. Sentía que decía eso, no a ella, sino como al viento, como palabras que desbordan y rebotan por anchos espacios asordados. A veces agregaba:

—Tú eres tan fuerte . . . Por eso has podido conservar la independencia . . .

También como si no le hablara a ella. Como si hablara palabras a las que asignaba distinto significado. La felicidad de la soledad . . . Su fortaleza. . .

Seguía mirándola, ansiosa de decir, de explicar, de gritar su protesta. Pero si ella será el ser más desgraciado . . . Más sin defensa . . . Más lleno de desesperada angustia . . . ¿Cómo no lo veía?

La hermana hablaba igual que si estuviera sola. A sí misma también. Ella quería decir, explicar. Era inútil. Estaba entre ambas su aura, la zona negativa. Y la hermana se iba, vaciada, alivianada, sin recordar lo dicho, humo que desborda, que se disgrega y desaparece.

Y ella se quedaba allí en su soledad y en su fortaleza . . . ¡Casa roída por termes, muros engañosos y que en cualquier momento se harían polvo sobre el polvo!

Una tímida esperanza se colocó al borde de la cuna de los sobrinos. Pudiera aquello ser la salvación. Le dijeron:

—Ten cuidado . . . Tienes las manos muy duras. No sabes manejar a un niño.

También hasta allí se extendía la zona del aura. Porque nunca logró aproximárseles, atraerlos, hablar

su clave. Se obsesionaba buscando fórmulas, proyectando escenas, ideando diálogos. Y cuando iba a vivir su ensueño, la realidad se lo escamoteaba como un prestidigitador los banderines multicolores.

Volvió en sí misma y ahí se quedó, vencida y agazapada, vieja de alma en cuanto la vejez tiene de ausencia de impulsos, de rebeldías, de esperanzas. Caída irremediabilmente.

Los niños volvieron la familia a la casa. Que era tan grande que se oreaba de viento marino, látigo salado sobre los grandes árboles e introduciendo su caracola por las persianas con su fino silbo.

¡ Tanto daba! El margen era siempre el margen . . .

* * *

La acera curvó un violento ángulo para seguir repechando, también violentamente. Iba siempre rígida, pegados los codos a las caderas, con la cabeza un poco gacha. No vió entonces la bicicleta sino cuando la tuvo encima. El ciclista hizo un viraje del cual apenas si logró enderezar la máquina y siguió acera abajo. Ella tuvo un segundo de terror, de enloquecimiento, de certidumbre de hallarse con la muerte o con algo más obscuro y tremendo que la muerte: con la herida y la supervivencia miserable. Todo en ese segundo. En

ese segundo en que apareció el ciclista, en que alguien tiró de ella bruscamente hacia un costado, en que el ciclista se desvió y en que ella se halló temblando, fría la cara, húmedas las manos, frente al desconocido que la miraba, bondadoso y solícito.

Fué ella la que habló primero:

—Gracias . . . Si no es por usted . . .

El contestó con una voz baja, contenida, una voz de intimidad que tan sólo quisiera oír el oído a quien está destinada:

—No, no hay nada que agradecerme. ¿Pasó el susto?

—Sí . . . un poco . . . Pero me ví bajo las ruedas . . .

Lo miraba sin darse cuenta de la fijeza de sus pupilas, metidas en las del desconocido y desesperadamente preguntándose dónde las había visto antes, tan límpidas en ese noble rostro como gastado por la fatiga. Sí, ¿dónde?

El dijo sin hurtarse al examen:

—¿Me permite que la acompañe? Está demasiado asustada aún para ir sola.

Ella no contestó nada. Desasíó las pupilas de las suyas y empezó a caminar por la cuesta, lado a lado del desconocido, súbitamente inundada de una increíble felicidad.

Arriba la acera seguía plana y bordeando el mar. Pero la subida creaba un barranco. Donde se amonto-

naban amasados por la sombra grandes peñazcos, rocas de cataclismo, y el mar por sobre ellas levantaba surtidores de espuma, regalo que el viento traía hasta la cara de la mujer. Más allá el mar se iba perdiendo en el azul violáceo de la noche y por el cielo los tachones de las estrellas mostraban prolijas facetas. En la loma algunas casas encendían sus luces.

La mujer tenía la sensación de estar viviendo un sueño que se sabe sueño. Filo de la conciencia que se podría traspasar para entrar en lo real, esfuerzo que no se hace porque el mundo del sueño es el de la dicha. Alguna vez ella anduvo así, silenciosamente junto a este desconocido — tuvo un sobresalto al decirse “desconocido”, porque no era un desconocido, sino la materialización de una imagen cotidiana —, al borde del mar, oyendo el silencio trasmutado en juego de las olas y el viento.

Sin angustia. Sin que el aura negativa formara vallas. Sin terror a no comprender lo que iban a decirle. Sin el prejuicio de no ser entendida su respuesta. Como flotando. Como si el viento que de nuevo apoyaba en su cintura las fuertes manos y la empujaba, fuera el elemento de eternidad que por caminos de eternidad la llevara para siempre.

Se volvió a mirar al desconocido. Desconocido, no.
Dijo:

—Me gustaría saber su nombre.

—Carlos.

—Yo me llamo Elisa.

Siguieron andando. Al mismo paso, al mismo ritmo. Como mecanismos gemelos. El viento le puso en los labios una gotita de agua salada. Sonrió paladeándola. Se volvió de nuevo para hablarle.

—Carlos es un bonito nombre — y sonrió insistentemente, porque aunque sabía que eran tontas palabras, resultaba delicioso dejar volcarse todo el cúmulo de nonadas que la vida almacenara en ella.

El sonrió también, mirándola, y así, siempre al mismo paso, prosiguieron andando a la vez que ella comenzaba a devanar una interminable confidencia, hilo de palabras que parecía ir de su corazón al corazón del hombre.

* * *

Volvieron a verse. Cada tarde ella salía de la casa — de la gran casa en que el verano obligaba a los pájaros a escuchar la parábola de las risas infantiles —, y con expresión distraída se iba por la calle que violentamente caía de la loma al mar. Al mar, no: a la costanera, para seguir ese camino, justo hasta el recodo aquel en que en vez de la muerte halló otro destino esperándola. Y que la esperaba ahora, paciente y risueño, un

poco silencioso, diciendo a veces las contadas palabras que parecían un tacto al oído.

Salía de casa como si no fuera a ninguna parte determinada. Que pudiera ser ir hasta la verja. O dar una vuelta a la manzana. O mirar la última rosa abierta en el asombro de la tarde. Antes de salir pensaba en cómo andaba ella "antes". Ensayaba en su habitación: el paso corto, los codos apegados a las caderas, la cabeza un poco inclinada. Y salía después de ese ensayo sorteando a las hermanas, a los cuñados, a los sobrinos, a la servidumbre. Porque ella tenía que ser como siempre para no inspirar sospechas. Porque había que mantener el misterio en torno a sus paseos. Que no era cosa que cayera el secreto en medio de los demás y los instara a hacer preguntas:

—¿Quién es? ¿Dónde lo conociste? ¿Por qué andas como a escondidas con él?

En verdad lo único que sabía de él era su nombre. Siempre pensaba en provocar sus confidencias, en dejar que fuera él quien largamente hablara. Pero el propósito se quedaban tan sólo en eso, en propósito, porque apenas en su presencia y empezaban a andar, entre los silencios en que mirada clara le decía tantas cosas de ternura y comprensión, era ella quien iba diciendo su vida con una interminable embriaguez de detalles.

—Hoy lo dejaré hablar . . . Le diré que me cuente

su infancia . . . Que me diga si en ese entonces prefería robar nidos o mirar el alto vuelo de los pájaros . . . Que me pinte la sonrisa de su madre . . .

Pero era ella la que hablaba, irrefrenablemente, sin hallar su propósito de silencio hasta que se separaban, siempre como la vez primera, bajo un grupo de árboles en que se ennegrecían las sombras y en que su mano un instante se quedaba en la mano de él, mano un poco desfallecida, sin expresión, pero que la suya fuerte — ¡cuidado, tienes las manos duras! — asía con la cautela con que se trata un objeto frágil y precioso. Era después de esa despedida, cuando empezaba a reprocharse su charla, su falta de tacto para dejarlo a su vez hablar. Iba a cansarlo. Un día se aburriría de oírla. Y no lo hallaría a la vuelta del recodo, esperándola.

Volvía a casa, obligándose de repente a moderar el paso, a juntar los codos a las caderas, a inclinar la cabeza. Porque la felicidad le había hecho otro andar, desenvuelto, con los brazos acentuando una canción que iba por su sangre, alta la cabeza y en la boca una sonrisa con la cual hubiera querido contagiar al mundo. Pero en la casa no debían saber nada. Nada. Sí, los codos así y la cabeza inclinada, como si los ojos buscaran en el suelo rastros irremediabilmente perdidos.

Debía callarse. Dejarlo hablar. Conocer su vida.

Era poco saber su nombre. Oír sus escasas palabras que la voz asórdada hacía como materiales, tanto que algunas veces ella tendía disimuladamente la mano para recibir su don de plumas o de terciopelo. Dejarlo hablar, que iba a cansarlo, y un día cualquiera no estaría esperándola.

Eran veinticuatro horas de angustia, de desasosiego, hasta que el encuentro, renovado en forma exacta, los ponía de nuevo frente a frente. Y sus propósitos se iban, como se aventaja en el espacio un puñado de leve harina.

* * *

— . . . fué una casualidad, porque usted comprende, Carlos, que a nosotras tan sólo se nos dejaba leer esas estúpidas novelas color de rosa que les dan a las muchachas de nuestro mundo. Yo las leía porque mi voracidad de lecturas pasaba por todo. Pero los libros tras de los cristales de la biblioteca de mi padre, primorosamente empastados, con sus títulos y sus autores en letras de oro, eran una tentación poderosa. ¿Qué mundo encerraban? Era tan fuerte la tentación que me ingenié para robar la llave correspondiente, sí, robar, ¿no se escandaliza? — lo miró de soslayo, muy risueña y levemente desafiante, pero él tenía la clara

mirada comprensiva de siempre —. Y de noche, muerta de miedo, iba a buscar un libro, uno solo, para que no fueran a notar el hueco de su vacío. Y así lo leí todo: novelas, ciencias, historia. Todo. Lo bueno, lo malo y hasta lo pésimo. De Ponson du Terrail a Proust . . .

El automóvil venía suavemente, avanzando tras de ella, hasta frenar a su lado. La voz de uno de sus cuñados dijo:

—¿Quiere que la lleve, Elisa?

Se volvió a mirarlo con el mayor desconcierto. Lo que había temido siempre: al fin iban a sorprenderla. Sería inevitable que le preguntaran: ¿quién es, cómo se llama, qué hace? Miró al cuñado, trató de sonreír, pero la angustia hacía temblar sus labios y algo temblaba también en su garganta. Balbuceó:

—Yo . . . Yo . . . — pero súbitamente pensó que debía presentar a su amigo. Que no era posible dejarlo al margen del hábito social. Que era como desestimarle. Agregó: — Le voy a presentar . . .

El cuñado la miraba con grande asombro. La vió volverse al otro lado y quedarse como una nueva estatua de sal, frente al vacío, con una mano tendida y fija en el aire. Esperó un minuto, hasta que de nuevo le dió la cara, en la que los ojos parecían abrirse a un mundo de espanto, y la oyó decir, trémula:

—Muchas gracias . . . Prefiero andar . . . Gracias . . .

El cuñado pensó contestar algo, pero con un gesto mudo de adiós se alejó, perdiéndose el automóvil en lo sinuoso del camino.

La mujer seguía en medio de la acera, cada vez más desconcertada ante la desaparición de su compañero. ¿Cómo había hecho para hurtarse a la presencia de su cuñado? ¿Dónde estaba? ¿Por qué se ha escondido?

Dónde . . . Cómo . . . Por qué . . . Las viejas preguntas de nuevo doliéndole, como debe dolerle al agua la piedra que la rompe en inútiles cristales.

Ya que sus entrevistas estaban siempre condicionadas por el misterio, que era su mayor encanto, podía él creer que no quería ella mezclarlo a su vida cotidiana. Le volvió a punzar la idea de que se creyera desestimado. No, eso nunca, nunca. Buscarlo. Decírselo. Probárselo.

Pero ¿dónde estaba?

Se volvió a mirar en su contorno. El viento, como otras veces, jugaba a alborotarle la melena y a enneguercerla. Tenía que haber seguido andando, en esos minutos en que ella atendiera, azorada y estupefacta, al cuñado. Tenía que estar allí, tras de aquel recodo. Tenía que estar allí, allí. Echó a andar. Y como la

mano del viento se apoyaba en su cintura empujándola, la tranquilizó de repente esa familiar ayuda. El tenía que estar allí. Allí. Estaba allí. Allí.

Respiró profundamente al verlo con esa expresión lejana y tierna con que la aguardaba. Esa expresión que ella viera antes en alguna parte y que la hacía mirarlo con la sorprendida alegría del que mágicamente ve sumarse lo soñado a lo real.

Dejó que por un instante sus pupilas se adentraran por las pupilas de su amigo, por su azul, cielo para vuelo de su corazón, alondra diciendo su canto y su embriaguez de alba.

Y empezó a explicar muy de prisa:

—Esto no puede pasar otra vez, Carlos. No somos niños ni usted ni yo. No es cosa de andar como a escondidas de todos. Que usted crea que yo no quiero presentarlo a mi familia. O que mi familia suponga que usted no desea conocerla. No, no. Ahora mismo vamos a ir a casa para que usted conozca a mis hermanas y a mi cuñado, que por el momento sólo hay uno con nosotras. Usted algo sabe de ellos, de todos ellos. Y aunque me hayan hecho sufrir mucho y usted conozca en parte ese sufrimiento por mis confidencias, ni yo los malquiereo ni me gustaría que usted los malquisiera . . .

El sonreía con su lejana expresión, borrosa en la

sombra que la noche esfumaba sobre el paisaje. Ella tuvo de súbito la tentación de alargar la mano hasta la de él y acariciársela. Pero apartó el impulso diciendo “no” con la cabeza. El gesto pueril la anegó en goce y le fijó en los labios esa sonrisa con la cual quería contagiar al mundo.

Avanzaban por las calles pinas, subiendo a pasos lentos y firmes, silenciosos bajo el toldo de los árboles, espeso el aire de aroma de jazmines y sintiendo a veces el frescor de una manga de riego que giraba sus combas con un susurro cauteloso. Un grillo decía, que sí, que sí era aquella su pequeñita casa.

Hallaron la verja abierta y todo el piso bajo iluminado. Lo que indicaba que la familia estaba reunida. En la puerta del “living” la mujer se volvió a mirar largamente a su amigo y dijo al fin:

—Pase, está en su casa.

Entró tras él, anunciándolo gozosa:

—Les voy a presentar . . . — Pero se quedó muda e inmovilizada.

¡Qué extraño! Los sillones estaban en la habitual disposición. El de su hermana mayor junto al ventanal y del otro lado el de su otra hermana, dejando entre ambos sitio a la silla baja en que siempre se sentaba la sobrinita lisiada. Y en el otro extremo, bajo la lámpara de pie, estaba la silla larga, habitual de su

cuñado, el que la hallara en la costanera. Era la hora que precedía a la cena y en que todos deberían estar allí, esperándola a ella, mínima cortesía para la dueña de casa . . . Y allí no había nadie

Tuvo una especie de escalofrío, como si tocara el misterio, lo sobrenatural. La casa era la casa deshabitada de las historias infantiles. Igual. Por allí había pasado el encantamiento . . . El sillón de su hermana mayor, y al lado en una mesa baja el canasto con los ovillos y la hebra de lana en el aire, suspendida del tejido y de los palillos inmovilizados, como si ella estuviera allí detenida en su labor, y no estaba. Empezó a temblar, porque el ovillo dió varias vueltas, como si le hubieran dado un brusco tirón y su hermana no estaba. Miró al asiento de su otra hermana, vacío y sin nada empavorecedor. Miró la sillita de la lisiada y vió en el suelo, como ella las dejaba siempre, las muletas en cruz. Y ella no estaba. ¡Pero si la niña no podía moverse sin las muletas! Le castañetearon los dientes, serrucho mordiendo en el terror. Miró la silla larga habitual de su cuñado, bajo la lámpara, y vió el diario, el diario que él leía, en el aire, abierto, y su cuñado no estaba. Las hojas se juntaron y se doblaron. Y su cuñado no estaba. Al terror, al entrechocarse sus dientes, se unió un impulso de fuga, un deseo de correr, de desaparecer, de jamás regresar a esa casa que era

su casa, símbolo familiar donde ella traía a su amigo, y donde los suyos, en la última jugada, sí, en la última jugada que le hacían, dejaban la casa deshabitada de sus presencias. Para que Carlos la supiera abandonada, al margen de la vida de todos, solicitaría en su aura...

Dió un grito, puñal que se clavó en medio del silencio y salió precipitadamente arrastrando a su amigo fuera de ese miserable mundo, hacia el único mundo en que ella y él podían realizar su evasión de la realidad.

El grito lanzó el diario al suelo, la labor sobre los ovillos del canasto y una muleta se acercó a la sillita. La hermana mayor y la otra hermana se miraron consternadas. La niña se puso trabajosamente de pie, y con los anchos ojos que conocían el dolor miró el jardín por ver la sombra de la tráfuga. El cuñado iba a decir algo, con la boca dura de las decisiones definitivas; sí, algo, porque todo aquello se hacía intolerable. Pero no dijo nada.

LA CASA ILUMINADA

ACASO, alguna vez, la mesa extendida justificara el enorme comedor. Ahora era un círculo de lisa blancura, con el mantel cayendo hasta tocar la alfombra en que andaban los faisanes de un dibujo persa. Ochenta luces entre caireles y bronces hacían deslumbrante esa blancura. No habían encendido los candelabros de la chimenea ni las lámparas murales, por lo que las paredes obscurecían el rojo de sus sedas, como las cortinas, y sólo la talla de algún enmaderado realzaba el dibujo de un cuarterón. En las vitrinas esplendía la plata. Al fondo una puerta abierta dejaba entrever el jardín de invierno.

Perdidas allí, al borde de la mesa, frente a frente, dos mujeres esperaban algo, un impulso, una señal, algo, de dentro o de fuera, que las acercara. Una vestía de luto y era flaca, como sobada por el tiempo que le hiciera la piel fina y amarillenta. No tenía edad. Obstinadamente mantenía bajos los párpados sin sombra de pestañas. La boca parecía no existir, así eran de delgados los labios. De los hombros estre-

chos salían dos delgados brazos forrados por la tela negra y sobre lo luminoso del mantel había dejado las manos, extrañamente alargadas, duras de articulaciones y como si estuvieran allí abandonadas, ajenas a todo sueño.

La otra también flaca, descolorida, se relajaba en una postura cómoda, pero bien se adivinaba que bajo la piel tersa había músculos y sangre y que las manos tenían nervios que las hacían prodigiosamente elocuentes con sus palmas anchas, generosas y violentas. Miraba a la hermana, con la renovada sorpresa de hallar sobre ese rostro expresiones que eran de la muerta, mimetismo comprensible por una convivencia de años. ¿Cómo podía el tiempo haberle dado gestos, actitudes de tía Odilia, a ella, generalmente tan borrosa, tan vacía, tan de material humano sin nada que plasmar?

Su mirada verde pareció al fin atraer la otra. Los párpados se levantaron y unos ojos grises aparecieron huidizos.

—Voy a salir — dijo la que no llevaba luto.

—Tan tarde . . .

—Sigue gustándome andar de noche.

—Te esperaré.

—Prefiero que me des la llave.

—No, no. Te esperaré . . . hasta la hora que sea . . . aunque esa hora sea el amanecer . . .

María Fernanda la miró, pronta a decir algo hiriente, porque en esa forma cortés de negarle la llave sentía la influencia de la muerte. Pero era tal su rostro de súplica, de “déjame que te espere, porque eso me hace feliz”, que sonrió, súbitamente iluminada por la blancura de los dientes, se alzó despaciosamente y dijo:

—Como quieras . . . Pero no será extraño que para recordar otros tiempos, salte la verja; dándote la sorpresa de estar de nuevo junto a tí sin haber tocado el timbre . . . Hasta pronto.

Andaba a largos pasos, elásticos, llenos de gracia. Antes de salir se volvió y agregó, maligna a pesar suyo, comprobando un hecho, porque ahora sí que en la boca de María Ernesta parecía haberse modelado la boca de tía Odilia:

—Tienes exactamente la misma cara que “ella” cuando barruntaba que iba a escaparme . . . — y salió.

Se quedó sola en el enorme comedor. Inmóvil. Como si las palabras de María Fernanda la hubieran vuelto de elementos minerales. Paralogizada. La misma cara que “ella” . . . Levantó la barbilla con un brusco movimiento y una mano se crispó empuñada. Como “ella”, como tía Odilia. Con razón lo decía María Fernanda. Porque estos dos movimientos que acababa de hacer eran calcados de aquellos con que tía Odilia preludiaba su ira. Y se relajó, empequeñeciéndose, como un mon-

toncito miserable sobre el sillón, acongojada, con el pecho encapotado de lágrimas, porque a cualquier persona querría ella parecerse menos a tía Odilia.

¿Cómo, queriéndola tan absolutamente, no lograba parecerse un poquito que fuera a María Fernanda? Ella, que la oía con un embeleso extático, que cuando veía que la risa le atirantaba los ojos y se los hacía como de chinita, sentía que el mundo era pequeño para su gozo, que la miraba andar segura de que el equilibrio del universo dependía de su ritmo. Y en vez de parecersele . . .

Cada vez se entendían menos. Sin enojos, sin palabras explicativas. Pero es que nada tampoco las hacía aproximarse. María Fernanda estaba en su mundo. Ella en el suyo. Paralelas. Y era vana su esperanza de que ahora pudieran ser de nuevo como antes, como antes de . . . sí, antes de que María Fernanda . . . No quería precisar el hecho, el hecho de que María Fernanda . . . y movía de uno a otro lado la cabeza, para no dejar que entrara en ella esa imagen que la rondaba y que no quería aceptar, porque era como aceptar voluntariamente la pesadilla.

Miró el alto reloj de campana, viejo y precioso, cuyos punteros iban a marcar en un instante más las once horas. Esperó. Y las campanadas cayeron quejumbrosas en el silencio, salidas de la entraña mecá-

nica como si el trabajo de marcar el tiempo se hiciera cada vez más difícil, porque ningún segundo era el del definitivo descanso.

Las once en aquella casa era el momento del sueño. Desde siempre. Porque hubo una voluntad — que parecía haber existido aún antes de que un cuerpo humano la albergara —, fuerza imperiosa, definitiva, que rigió los destinos de la casa, de sus habitantes, como piezas de un instrumento dócil. Una voluntad que tan sólo María Fernanda supo afrontar. María Fernanda. Antes María Fernanda, ahora Mari Fernán . . . Mari . . . Fernán . . .

Tic tac, tic tac, Mari . . . Fernán . . . tic tac, tic tac . . .

Bruscamente se puso de pie y atravesó el comedor. Junto a los conmutadores eléctricos se detuvo y con un súbito impulso infantil fué girándolos todos para encender por completo las luces.

—Comedor de palacio — se dijo, repitiendo la frase que a veces solía decir la muerta —. Comedor de palacio que bien pudiera ser de reyes . . . y que es mío, mío, mío . . .

Y a la vez que decía “mío”, iba encendiendo nuevas luces. Alegre, con ganas de zapatear, de girar sobre sí misma, de dar gritos repitiendo ese “mío”, inarticulado como llamada que por los aires campesinos rubrica el holgorio moceril.

Tuvo una idea: encender todas las luces de la casa, abrir todas las ventanas, todas las puertas, correr todas las cortinas y esperar a María Fernanda como celebrando una fiesta.

—Faltarían las flores, pero no importa. Basta la casa iluminada.

La casa toda en silencio, toda en el sueño, y ella de pieza en pieza, de piso en piso, encendiendo las luces, corriendo las cortinas, abriendo las ventanas para dejar que por el parque se extendieran estrías amarillentas. Hacía años que no disfrutaba de una alegría mayor. Entraba a un salón, encendía las luces, desparramaba por su contorno una mirada de gris desteñido, y decía:

—¡Mío! Todo es mío. ¡Mío! — como niño que comprueba los tesoros de su pieza de juego.

Subió la escalera y desde el descanso en que se abría en dos para alcanzar la galería alta, miró el hall, los salones, el escritorio, el billar, la biblioteca, el comedor, todo iluminado, esplendiendo los oros y los cristales, los mármoles y los bronce, reflejando los espejos el infinito de los lagos inciertos en sus superficies encontradas, mostrando sedas, terciopelos, cueros, taraceas, pinturas, tapices, esculturas. Y todo era suyo e iba repitiéndolo a cada paso que ahora daba para alcanzar el otro piso.

Parecía obedecer a una consigna: encender luces, avanzar por los pasillos, por las habitaciones; encender luces, abrir puertas y ventanas, correr cortinas. Una consigna que nunca nadie le ordenara. Que ella seguía porque sí. Para su propio placer, para poder decirle a María Fernanda:

—Te he esperado con la casa iluminada como para una fiesta. Porque aunque tú no lo creas, aunque yo no logre decírtelo, para mí es una fiesta que estés en la casa, que hayas querido venir a verme, a pasar estos días conmigo, como antes, como antes de . . . Y todo lo que he sufrido, bien pagado está con la alegría de tenerte en la casa que es mía y que se ha iluminado para esperarte a ti, María Fernanda . . .

A veces a ella le gustaba contarse esa historia, hecha de retazos de imágenes, trozos de recuerdos paciente-mente unidos, rompe-cabezas que suplió al otro de los niños felices y que ella no tuvo nunca.

. . . Había una vez dos hermanas, una se llamaba María Fernanda y la otra María Ernesta. Una era rubia, alta y tenía los ojos verdes. La otra era pequeña, flacucha y tenía los ojos grises. La madre murió al darlas a luz, porque, aunque tan distintas, eran mellizas. El padre se fué a un país lejano, lleno de nieve, y nunca más volvió ni hubo noticias de él, hasta que, por una carta llena de sellos y de rectificadas direcciones,

años después se supo que había muerto. Mucho antes de eso, a María Fernanda y a María Ernesta las había sacado tía Odilia del asilo en que las dejara el padre, llevándoselas a la casa en que vivía con su achacoso y rico marido, sin hijos, orgullosa, dura y avara. Porque no era posible que en el mundo se dijera que tenía abandonadas en un asilo, merced a la caridad pública, a las dos hijitas de su única hermana.

La existencia de las niñas fué triste. Nunca tuvieron la sonrisa de una ternura para arroparse ni la canción de una caricia para dormirse ni la libertad de una adquiescencia para ámbito de un juego. Vivieron medidas en la disciplina, en el estudio, en el casillero del horario, limitadas de admoniciones, con la voz de tía Odilia podando todo impulso, hechas a semejanza de lo que ella imaginaba que debía ser la criatura perfecta. Al norte un "no", al sur un "imposible", al este un "nunca" y al oeste un "jamás".

Así pasaron los años hasta que un día . . .

Para María Ernesta la sumisión era una naturaleza. Silente y sin movimiento, ahí se quedaba, hasta que le daban orden de pensar y de actuar. Era entonces lo que tía Odilia quería que fuese. Pero con María Fernanda tía Odilia tenía trabajo mayor.

Que eran una voluntad frente a otra y la niña no se doblegaba y menos se doblegaba al avanzar por la

adolescencia. No valía ni amenazas, ni gritos, ni castigos, ni las tremendas palizas que le infligían por mano de la vieja Chaparra, india "criada en la casa" y como un instrumento a las órdenes del ama.

—¡Lo que gasto con usted! Cientos de cientos en vestidos, en zapatos . . . y el vagabundo de su padre rodando tierras, como si no tuviera hijas . . .

—¿Para qué nos recogió . . . ? Vagabundas nosotras también, seríamos más felices . . . — le decía María Fernanda.

Y era imposible hacerla callar, que no contestara justamente lo que debía contestarse, pero que no debía decirse, sino pensarse, y eso cuando se estaba sola, por si se hacía el pensamiento transparente y tía Odilia podía verle.

—Tienen que ganarse el pan que comen, lo que me cuestan. María Ernesta debe lavar, planchar y zurcir. María Fernanda . . .

—Conmigo no cuente . . . es completamente inútil que disponga lo que debo hacer, porque no pienso hacer absolutamente nada.

Y era inútil en verdad. No servía nada. Ni siquiera el ruego de María Ernesta despavorida, ni la súplica de tío Pedro, viejito, tembloroso y entregado sin remedio al imperio de su mujer, que lo agarró por los sentidos al filo del mediodía, demonio que dicen y que

él pensaba que era cierto que ataca al hombre y lo entrega sin defensa a su dominio. Y quería paz y que sin fuerzas ni antes ni ahora para enfrentar a su mujer, amonestaba a María Fernanda, a la par que le pasaba por la voz un súbito temblor de admiración y tenía que aferrarse a los forros de los bolsillos de la bata, para que las manos no se le fueran a acariciar a la muchachita, diciéndole que no dejara de ser como era, sino que fuera siempre así, brava para defender su personalidad y ser ante todo ella misma.

No sirvió nada, ni siquiera los golpes de la vieja Chaparra, porque un día tuvo María Fernanda más fuerza que ella y le retorció las muñecas, haciéndole lanzar largos aullidos de fiera herida, por las montañas dando a los ecos sus lamentos. Fué cuando la amenazaron con el reformatorio. Por orden de juez. Como ponerle una losa de infamia. Pero María Fernanda dijo:

—Háganlo y le cuento al juez lo que pasa en el escritorio de tío Pedro de diez a doce.

—Fuera de mi casa . . . Víbora . . . Chantagista . . .

—No, fuera de esta casa por ahora no salgo, será casa de usureros, pero por el momento no quiero dejarla. La dejaré cuando “yo” quiera.

No quería irse porque no estaba segura aún de su porvenir. Estudiaba. ¿Cómo? Lo sabía tan sólo María

Ernesta, aterrorizada bajo las cobijas, esperando su regreso con el corazón alocado golpeándole en los oídos. Se iba tranquilamente, cuando llegaba la hora del reposo, por sobre la verja, como un animalillo rapaz saltando y así de fuerte y silenciosa. Para asistir a la escuela de arte dramático. Allí estaba su vocación. Un año, dos años, tres años . . .

Una noche le dijo a María Ernesta:

—No me aguardes. No volveré. Me voy, me han contratado. Dejo una carta. Si pretenden hacerme volver, les hago un escándalo delatándolos como usureros. Que me dejen tranquila en mi camino . . . — se inclinó a besarla levemente. — Que seas feliz en el tuyo, María Ernesta . . .

Y no volvió. Y nada hicieron para retornarla. Y se borró su nombre de la lista de los familiares.

Tenían diecisiete años.

Quedó sola María Ernesta, frente al rencor de tía Odilia porque algo, alguien en la vida se había hurtado a su dominio. Algo que ella creía propio, como propios eran los inmuebles, los fondos, los bonos, las alhajas, el marido, la servidumbre, María Ernesta. Un rencor para siempre.

Un día y otro formaron mazos de apretados calendarios de recuerdos sin color. Uno tan sólo se tiñó de negro, porque murió tío Pedro.

Y nada más, fuera del tono levisimo de ansiedad en espera de la apertura del testamento que dejaba a tía Odilia heredera única de toda la fortuna. Y después otros mazos igualmente incoloros.

Lavar, planchar, zurcir. Y estarse quieta, aguardando la voz que daba la partida a todos los pensamientos y a todos los movimientos.

¿Y María Fernanda? Un día tocó la casa, contra las puertas, sobre los vidrios, botando y rebotando como pelota de goma empecinada, la noticia de que María Fernanda era ahora Mari Fernán, la actriz. Se decía de ella . . . que si el ministro . . . que si vivía . . . que si el dinero . . . que no era cierto . . . Y su retrato y lo que opinaba y sus proyectos y sus viajes. Mari Fernán. Mari Fernán en cada segundo como un tic tac de reloj, como un tic tac de corazón, metida en la sangre del tiempo.

Mari Fernán, la hermana, mi hermana y ella, María Ernesta, sin orillas en la niebla de la monotonía, lavando los días y repasándolos prolijamente, uno y otro y otros, todos idénticos. Mari Fernán que vivía con un hombre, joven como ella, apoyada en su costado, apoyada en su boca cuando el amor los alzaba y fundía, conociendo el hueco de un brazo por almohada y pudiendo cautelar el abandono, lo inerme del dormido y apartar con limpio gesto de terneza el pelo caído sobre

una frente. Mari Fernán, rebelde y tranquila, con las manos dadivosas y la tenacidad relumbrando en los ojos. Mari Fernán.

Otro día se tiñó, pero no de negro, sino que de morado de lenta agonía, de media muerte, de un lado de tía Odilia enfermó, como si ella no quisiera morir y su voluntad sólo le hubiera entregado un retazo de sí misma a la parálisis. Medio lado. La cama, la invalidez, la necesidad de una enfermera. ¿Enfermera? No, María Ernesta, chiquita, endeble, pero que no se sabía de dónde sacaba fuerzas. La agonía de años, de pelea a diario, de defender cada músculo, batallar con la solapada malignidad, con la sordidez, con el rencor, con las súplicas, con la desesperación, con las noches blancas de luna alucinada de insomnio, llorando por las curvas de la angustia, resbalando por vertiginosos países de hielo, patinadora de la vigilia, con los párpados siempre abiertos y fijos en el punto en que está el sueño y en que el sueño no llega y ¡ay! que no soporto más y ¡ay! que no me martiricen y ¡ay!

A veces tía Odilia murmuraba con voz que salía de melosas zonas de soborno:

—Para ti será todo, tan sólo para ti, que has sido buena, que me has cuidado, que estás conmigo, y no como la otra. Perdida . . .

Para María Ernesta. Sí. Los inmuebles, los fundos, los bonos, las alhajas. Todo.

Y lentamente, insinuándose en ella la conciencia de que lo que hacía hasta entonces, obra de su alma de servidumbre, se empieza a realizar a cambio de algo en vista de un interés. Que es como ir colocando en un banco la abnegación, el esfuerzo, el desgaste, el anularse en esa voluntad exasperada. Todo eso se convierte en una reserva de oro.

A veces, desesperadamente, quería reaccionar, ser como antes, buena porque sí.

—Porque soy tonta — dice, repitiendo la vieja frase de su viejo desconsuelo, cuando se encontraba sumisa al lado de María Fernanda batallando su libertad a grito herido. Pero era vano, caía de nuevo en la especulación, en que el porvenir con la fortuna de tía Odilia bien valía la entrega de su juventud y de su libre albedrío.

En una ocasión se sorprendió pensando:

—¡Qué se muera de una vez . . . ! — fué tal la frenada que dió a su pensamiento que se halló de pie, rígida, con la boca abierta y los ojos espantados mirando sin ver. Se hundió en la desesperación, cada vez sintiéndose más miserable, rescatando el mal pensamiento a fuerza de un cuidado alerta junto a la enferma, imponiéndose sacrificios, penitencias de estarse

de rodillas junto a la cama la noche entera, desfallecida, con los músculos tan doloridos que terminaba por no sentirlos, hasta el instante de alzarse y caer y volver a alzarse trabajosamente, para lograr la recuperación del movimiento tras muchos ensayos.

—Pónme otra inyección ¡ay! qué me tengas lástima ¡ay! qué no importa lo que diga el médico ¡ay! qué no puedo soportar más dolores ¡ay!

La historia siempre empezaba lo mismo:

— . . . había una vez dos hermanas . . .

Peró a poco de irse proyectando en su memoria, nuevos detalles, nuevas escenas íbanse agregando a las otras, modificándolas, dándoles mayor realce, tan vivas algunas veces que se detenía con la absoluta certeza de que alguien que no era ella repetía en alta voz esas palabras que alguna vez pronunciara María Fernanda o tía Odilia. Como también acontecía que hablara a media voz, no ya evocando los recuerdos en su mente, sino que haciéndolos más tangibles por la magia de la palabra.

Y sonreía, tristemente, porque era ese viejo hábito de su soledad, manera de hacer que su tremendo abandono tuviera siquiera la ilusión de un oído amigo para recibo de confidencias.

¡Cómo se le embarullaba el día de la muerte, eso definitivo que significaba un pañuelo en torno de la

cara, los párpados que no querían cerrarse y la bata, que se sorprendió aterrorizada pensando que era muy ligera y que tía Odilia iba a tener frío! Y cuando ella dijo, sin saber lo que decía:

—¡Qué cansada estoy!

Cuando dijo eso sin conciencia, su súbita conciencia de que a su alrededor las gentes la miraban serviles, entregadas a sus deseos, rodeándola de solicitud, preguntando, diciendo:

—¿Qué quiere? Beba este cordial. No, no, es preferible que tome leche. Que no, que es mejor el cordial. Pobrecita mi alma . . . Tan cansada, deshecha por los meses de cuidarla . . . Que se tienda un rato. Que entornen ese postigo. Que no vea cuando sacan el cajón. Que le pongan agua de Colonia en la frente . . . — pero ¿quiénes decían todo eso?

Gentes desconocidas, rostros borrosos superpuestos unos a otros, vertiginosamente. Tal vez amigos de tía Odilia. Tal vez familiares de tío Pedro. Todos mirándola con ojos perrunos. ¿Por qué?

¡Ah! Sí. El testamento. El codicilo (una nueva palabra). Codicilo. Que para ella significaba una fortuna.

Era delicioso para María Fernanda. Más luces, ya todo este piso también iluminado, las ventanas abiertas y los árboles meciendo su canción de hojas y un grillo

empecinado en la sombra en ser el corazón de la noche. María Fernanda entrando en esa casa que era su casa de ella, de María Ernesta, toda iluminada en su honor, como si fuera una reina.

—Porque yo soy solamente una pobre criatura, una buena tonta, un ser chiquito, únicamente grande para quererla. Que ella sienta que está en su casa, que no importa que sea mía, porque yo se la doy, sin esperar que ella me cuide ni se desgaste en la espera de que una hora en la noche sea al fin la hora del sueño, sino que así, dándosela, iluminada, para que se sienta como una reina en “una casa de reyes”.

¡Ay!

¿De dónde ese ay? ¿Había resonado dentro de ella, fuera de ella, como a veces sentía voces o era tía Odilia que se quejaba, como otras veces, porque todo aquello no era sino un sueño y no estaba muerta ni era ella la dueña de la fortuna ni se había ido María Fernanda a dar un paseo por la noche ni estaba allí encendiendo luces para esperarla como si fuera la reina de un cuento?

—¡Ay! — su grito la colocó al borde de la cama, de rodillas junto a la enferma. La miró anhelante, por si la hubiera despertado. Pero no, desde lo profundo de su niebla de alcaloides removi6 la cabeza, respir6 afanosa y de nuevo retorn6 al sopor.

María Ernesta se miró las manos, quiso moverlas y no le obedecieron los músculos. Tuvo la sensación de que no eran suyas, que ella terminaba al borde de los brazos, al final de las mangas negras del traje. Y que esas manos que aparecían allí y que no eran suyas, iban de pronto a colocarse sobre una repisa, manos de cera, de maniquí, de manicura, de ortopédico. Manos en una vidriera, entre flores, sobre un cojincillo de raso, rodeada de frascos de barnices, junto a muletas, con luces, con muchas luces, con las luces todas de una casa iluminada — casa como para reyes — y ella, María Ernesta, encendiendo más luces, más luces, más . . . ¡Ay!

¡Ay! Silencio, callarse, hablar bajito, sin mover los labios . . .

—María Ernesta . . .

—¡Ay! ¡Qué . . . qué . . . ! ¿Quién es? ¿Qué pasa . . . ? ¡Ay!

—María Ernesta, hijita, no te asustes, no me mires así; soy yo, María Fernanda, no me mires así . . . soy yo . . . ¿Te asusté?

—No, no, no es nada . . .

—¿Para qué te empecinas en esperarme? No estás acostumbrada a trasnochar como yo . . .

—¿Cómo tú? Sí, tienes razón, como tú no he trasnochado nunca.

Perdón, María Ernesta . . . Bien sé cómo te has deshecho velando junto a una enferma . . .

—No me lo recuerdes.

—Perdón de nuevo.

¿Qué podrá acercarlas? El reloj, trabajosamente, saca de sus entrañas unas campanadas para depositarlas al filo de la medianoche. María Fernanda dice sin mirarla:

—¿Te veré antes de irme? Debo salir muy temprano para estar a la hora del ensayo en la ciudad.

María Ernesta siente el impulso de prenderse a su cuello, volcando sobre ese pecho todas las lágrimas que un aire doloroso está empezando a lloviznar dentro de ella. Aprieta las manos, junta fuertemente las palmas. Baja los párpados y ensaya íntima, trabajosamente, la frase que va a decir, la repite dentro de sí hasta lograr pronunciarla en voz alta sin vacilaciones:

—Te despediré mañana. Buenas noches. María Fernanda. ¡Qué descansas!

La hermana contesta distraída:

—Buenas noches, María Ernesta — y sale, dejándola abandonada en la blancura sin misericordia de una luna de angustia.

Tic tac, tic tac . . . ¡Cómo le duele el corazón! ¡Cómo el reloj dilata en el silencio su jadear de alambres! ¡Cómo el grillo golpea en la ribera de la noche! ¿Es

que su corazón se mueve en el tiempo, midiendo la circunferencia de la desesperación, al borde de la sombra en que hay una casa iluminada y María Fernanda, no, Mari Fernán se evade hacia un mundo sin manteles para el abandono de unas manos, manos de cera, de maniquí, de vidriera, de manicura, de ortopédico, entre luces, luces, luces y un tic tac, tic tac que la hace oscilar por los aires?

¿A quién hace oscilar? A María Ernesta, María Ernesta en un palacio para reyes, en el límite de un grillo, con un reloj que es una luna y un mantel blanco que marca las horas, una hora, la hora, la exacta hora en que se va María Fernanda, en que hay que ensayar palabras que no tiemblen, que se coloquen una tras otra en el aire, como pájaros en un hilo telefónico . . .

Callarse . . . Que tía Odilia duerme. Que al fin duerme amarrada a un pañuelo, entre volados de satén. ¡Cómo duelen las rodillas!

Una hora, dos horas, tres horas . . . La hora en que María Fernanda se va . . . ¡Qué se fué María Fernanda, Mari Fernán! Y que estoy sola ¡ay! y que por qué los sueños no son sino sueños y no pueden permanecer quietos y tangibles, como un mueble, como una mesa, como está la mesa con el mantel blanco, con María Ernesta al lado con las manos juntas por las palmas, en una postura incómoda. María Ernesta que

se levanta y pone el mismo cuidado que cuando pequeña en no pisar los faisanes de la alfombra y camina a pasos irregulares y en puntillas.

Maquinalmente coloca en su sitio una mecha de pelo que le cruza la frente. Como le cruza por la sangre el pavor de que la casa esté a oscuras, sumida a las sombras de la noche.

LA OTRA VOZ

EN el tramo final se le aflojó el impulso. Pero no dejó de mirar hacia arriba, presentando cada vez más la cara al cielo. Los pies paulatinamente se le hacían minerales. Se obligó a subir los escalones últimos, y un poco torpe avanzó por la plataforma en busca del parapeto en que podía sentarse.

Seguía mirando arriba, la enormidad del monumento, del que sólo veía ahora el pecho del caballo, una de las poderosas patas delanteras alzadas y en violento escorzo la cabeza, todo ello en sombra destacándose contra un cielo de primavera destemplada, de tarde sin nubes, de pájaros silenciados por el viento que traía del sur sus lienzos humedecidos, de árboles desdibujados por la inquietud. Tal vez un ángel había encendido el lucero, tan luminoso, tan deslumbrador, tan inverosímil.

Se le aquietaba la respiración. Ya no sentía el correr de la sangre atropellándose en sus sienas, latiendo allí. Las tocó con lentas yemas cariciosas. Siem-

pre con la cara en alto. Fué entonces cuando tuvo la sensación de que el caballo movía la pata alzada, continuando el paso que una mano maestra había fijado en el bronce. Iba a salirse de su base cayendo sobre ella, encogida, inmovilizada por el terror, apretados los párpados para no ver la fatalidad.

Un segundo después abrió los ojos anegados en medrosas agorerías. Constató estupefacta que el caballo seguía arriba, firme y airoso sobre la alta base de planos cónicos. Y que ella seguía sentada sobre el parapeto, una vez más salvada de imaginarias catástrofes.

Siempre tenía miedo: a hechos misteriosos, a enemigos mortales, a acontecimientos malignos. Un auto que patina y sube a la acera. Una maceta que cae desde un balcón. La electricidad que aflora a través de un doméstico conmutador. Un choque. Un rayo. Un incendio. Un ciclón. Un terremoto . . . La naturaleza y los hombres contra ella. Lo inanimado acechándola agresivo. La muerte por todas partes vestida de huesos y con una escoba de bruja al hombro entre mascarones grotescos. ¡Si ella pudiera recordar dónde la vió así representada por primera vez, y el pavor se quedó en sus tuétanos para siempre!

La madre decía:

—Ahora que hemos oído el noticioso, nos vamos a acostar.

Ella sonreía, con una mínima sonrisa que levantaba las comisuras de la gran boca sensible, dejaba despaciosamente la labor en el costurero, se alzaba gentil y contestaba:

—Sí, mamita; vamos a acostarnos.

Había aún otro formulismo al subir la escalera. Ella se allegaba al muro y con gesto cortés cedía el paso a la madre, siguiéndola con una cadencia que las mantenía a la misma distancia. En el hall de arriba cambiaban un beso.

—Buenas noches, mamita. ¡Qué descansas!

—¡Qué descansas! Hasta mañana, si Dios quiere.

En su vida cada hora respondía a un molde. Y todas parecían repetirse a sí mismas. Como esas constantes hileras de cisnes que desfilan para probar la puntería de los tiradores en las ferias veraniegas. Como interminables hileras de cisnes, recortados en cartón, pintados de diversos colores, moviendo la cabeza con idéntico ritmo y sin que nunca un disparo los hiciera alterar. Iguales siempre. Iguales. Un día y otro y otro.

Porque hasta lo que pudo ser inesperado lo predijo la madre:

—En la temporada próxima tendrás un vestido azul con cuello celeste, y otro marrón con una blusa ama-

rilla, y cuando haya un bonjito día iremos al rosedal.

Ella sabe cómo serán sus vestidos, los días que saldrá de paseo, los títulos de los libros que la dejarán leer, los hoteles en que futuras temporadas veraniegas las alojarán, la fecha en que tendrá un festejante . . .

Ella, entre tanto, frenéticamente agita dentro de sí sus fúnebres muñecos, evadiéndose a un mundo de espanto, de destrozo y lloro, entre escombros, chatarra y humo.

Ella, entre tanto también, dice, tan de niño anhelante la voz, con la sonrisa exterminada en las comisuras de la boca:

—Sí, mamita. Es ya hora de ir a casa de abuela.

¿Cómo es el amor? ¿Qué se siente? ¿Cómo llega? ¿Lo trae el festejante, ese que mamita anunció que iba a tener al cumplir los dieciocho años y que aparece puntual cuando los celebra en el salón de abuela, irreprochablemente vestido de escribano, con los ojos demorados y la frente prolongada por la desolada calva? ¿Tiene esa voz de balbuceo, ese asordar las sílabas finales, esa frase que se cierra como un cero sobre naderías? Ella conoce el amor de las novelas rosa, en que los enamorados tienen palabras, encendidas palabras, tremolantes palabras, calcinadoras palabras para traducir la pasión, pero en que siempre los cuerpos están ausentes. Es como si de ellos sólo existie-

ra la voz. Cuando las páginas se aproximan al fin, estas inmateriales criaturas hallan sus labios para cambiar breves inocentes besos, gozosas vísperas de bodas. En el cine el amor habla cualquier idioma y sensitivas máscaras humanas traslucen cada emoción. A veces las bocas se unen en largos, sabios, agotadores besos que ella mira pasmada. Conoce el amor de papel y tinta, de luz y sombra.

Ese amor conoce ella, que tiene una cara descolorida de muchacha a la cual la sangre no revela ningún mensaje del instinto. Alguna vez se sorprende ante el espejo, observando morosamente esa imagen que le parece el reflejo de otra imagen que no es la suya. Como si reflejara una fotografía abandonada por años a la voracidad del sol en su marco de felpa y percutido oro. Suele entonces insinuar una sonrisa, pero sólo logra la sonrisa que levanta las comisuras de los labios, y que nunca alcanza a alterar la expresión de los ojos de un atónito gris. ¿Por qué sus ojos no sonrían nunca?

¿El amor? ¿Es que el amor hablará alguna vez por boca de su festejante? ¿Cómo logrará éste abrir el banal aro de su frase para que en ella entren las palabras oscurecidas por la pasión? ¿Cómo irá a decir las dulces palabras de terneza? ¿Qué sentirá ella entonces?

La madre asegura entre tanto:

—Es un excelente partido. Serás muy feliz.

¿Por qué cuando se sale con el festejante no pueden pasar cosas horribles? ¿Qué el pequeño auto sea chocado por un colectivo? ¿Qué la portezuela se abra y caer sobre la calzada? ¿O ahora que han descendido en los jardines, la pelota con que juegan estos niños no le alcance la cara, destrozándosela?

—Adiós . . . — contesta maquinalmente.

—¿Quién es? ¡Qué monada . . . ! — dice el hombre.

—Es la chica de Villegas. Nos conocimos en el colegio.

—¿Villegas de las de Santiago? Son muy bien. Su sepultura queda en la Recoleta cerca de la nuestra . . .

Puede caerse un cable eléctrico. ¡No es cosa tan difícil! Y poner un pie encima descuidadamente y quedarse fulminada. ¿Por qué no? Ella vió una vez decenas de tranvías y de coches parados, frenéticamente tocando las bocinas y las campanillas, con las gentes impacientes o iracundas o resignadas, y los hombres de uniforme dando órdenes para desviar el tránsito. Y todos preguntaban:

—¿Qué pasa?

Y era que allá, más allá, había un cable caído, una larga fina sierpe, ponzoñosa y mortal. Cosas horribles. Un cable caído. Sí, puede suceder.

La casa. La madre. La abuela. Desde algún tiempo el anunciado festejante. Y el mundo desmaterializado en un vago fondo, paisaje grisáceo, ribera con ausentes espadañas, río sin límites que parece doblarse en algún punto para anegar los cielos. Y los acontecimientos como los cisnes de una feria, sin que jamás se precipite o se retrase su ritmo. Nunca.

El hombre había aceptado su capricho de subir sola por las escaleras hasta la alta plataforma que circundaba el monumento. La miró alejarse con una ancha complacencia: tan quebradiza la breve cintura, tan largos los muslos, tan de corza el pie de curvo empeine. Una racha le ciñó el vestido como si quisiera modelarla. No vió que el viento también había metido las manos entre la melena de mies y la sacudía gozosamente, jugando a enceguecerla. Creyó que una vez arriba se volvería a mirarlo y alzaría una mano. Era lo natural. Entonces él contestaría al saludo agitando el guante de un amarillo impecable. ¡Qué buenita era, qué esposa para un hogar de siesta en mecedora, para una tierna bufanda tejida a palillos, para los domingos en la tarde tomando chocolate en una confitería al son languidescente de un vals azul!

¿Por qué no decírselo? Recordó algo, palabras que emergían de su infancia: — . . . “la noche . . . la ocasión . . .” Sonrió, se humedeció los labios y parsi-

moniosamente empezó a subir los escalones, respirando hondo y lento, volviéndose para admirar el paisaje, que era una manera de justificar cada parada. Si hasta la madre se lo había insinuado:

—Vaya con la Nena a tomar un poco de aire . . . Y aprovechen bien el paseo . . .

Al llegar a la plataforma se volvió otra vez a mirar el paisaje. A hacer como que miraba el paisaje, porque se miraba a sí mismo, contento con su hazaña, magnificando la fortaleza de sus músculos, lo firme del corazón que apenas si dificultaba un poco su respirar. Sonrió a esa imagen de juventud que veía en él. Minuciosamente una ráfaga fresca le quitó el vaho de calor que le perlaba la calva. Entonces un diablo alegre, jovial, se apoderó de su mente y lo hizo acercarse con gallardía a la muchacha, y decirle con la voz engolada, haciendo una reverencia de bufón que por los suelos arrastra los cascabeles de su gorro grotesco:

—Señora ¿permitís que un admirador prendado de vuestra belleza os rinda pleitesía?

Ella pensaba en ese instante que no era necesario que el caballo avanzara la pata, saliendo del pedestal. Bastaría que éste cediera al enorme peso. O que el viento soplara tan fuerte que lo arrancara de cuajo. ¿No había ciclones en la pampa que destruían ciudades, que desarraigaban árboles centenarios?

La frase del hombre la volvió a una extraña realidad. ¿Qué era aquello? ¿Por qué ese idioma en esa voz? ¿Era lo inesperado que llegaba al fin? ¿Lo inesperado, cuyo punto inicial fuera su súbito capricho de subir las escaleras hasta esa altura? No era aquello la realidad cotidiana de los cisnes pasando uno tras otro, moviendo la cabeza al mismo compás, todos a idéntica distancia. No. Esta cara arrebolada, estos ojos relumbrando malicia, esta voz de falsete, este gesto ampuloso, esta chaqueta que el viento hacía tremolar, estos pantalones arrugados de espanta-pájaros, es ya pregunta absurda ¿a quién pertenecían?

Sonrió y supo, sí, supo que en los ojos le esplendía el gozo de una auténtica sonrisa. Puso una mano sobre el pecho, tendió la otra con tanta gracia que el aire pareció inmovilizarse para sostenerla, y con una voz que tampoco era la suya, aguda, altisonante, contestó:

—Me ofendéis, señor. ¿Es que no sabéis acaso que a una dama no se aborda en ausencia de su dueña? — tuvo la sorprendente certeza de que en alguna ocasión había oído esa voz diciendo palabras semejantes. Se quedó en acecho, quieta, tensa, oyendo tampoco sabía dónde, el eco de esa voz, repetido de lejanía en lejanía hasta sumarse al silencio.

Por ese silencio pasó la voz del hombre que reteniendo la risa, logró decir otra frase rimbombante:

—Me partís el corazón con vuestro desdén, señora...

—Retiraos, señor, antes que os den el castigo que vuestra osadía merece . . . — se había erguido y lo miraba con ojos adversos, sintiendo que un incomprensible enojo azuzaba en sus arterias un tumulto de sangre. Los brazos le cayeron como péndulos, oscilando desacompañados. Una ráfaga hizo castañetear sus dientes. Los apretó para dominar el escalofrío, como apretó los puños y apegó los brazos al cuerpo. Toda ella rígida, endurecida. Sintió que sus mandíbulas se destrababan y que la voz de falsete insistía, a la vez que súbitamente sus índices señalaban imperativos puntos cardinales: — Retiraos, señor, si no queréis ponerlos en el mal trance de que os haga arrojar por mis lacayos.

El hombre la miró de hito en hito, con lento asombro.

—María Clementina . . .

No lo oyó. Trataba de contener la ira, de volver el pensamiento a la habitual zona de miedo y desesperanza, de recuperar su actitud de jovencita bien educada. ¡Qué grotesco resultaba todo! Ella gritando en la noche que subía de la tierra hasta la copa de los árboles, que se desparramaba en el aire y se hacía palpable en la gigantesca mole negra del monumento. Ella diciendo las palabras de ese idioma, dominándolo en sus matices y en sus gestos, sintiendo la felicidad

de haber encontrado la exacta manera de dar forma a su pensamiento, no de haberla encontrado como se encuentra algo por primera vez, sino de recuperar algo perdido y olvidado, y cuya súbita recuperación nos coloca frente a la realidad de esa pérdida. ¡Qué extraño todo! Miró al hombre y ahora lo vió: el rostro demudado, los ojos llenos de miedo. ¡Pobre! Consiguió ordenar las palabras que iba a decirle con su pequeña voz de siempre, la tranquilizadora frase cotidiana. Pero no logró pronunciarla, porque a través de ella, de su garganta, viniendo de no sabía dónde, de qué estratos subconcientes, de qué misteriosa sabiduría, la otra voz se puso a gritar, violenta, cilindro de viejo fonógrafo destemplado:

—¿No me oís, bergante? Fuera . . . Lejos de mi presencia. Fuera . . . Aquí mis lacayos . . . Mis lebreles: A él . . . ¡Sús!

El hombre miró despavorido los contornos. ¡Dios mío! ¡Si alguien los oyera! ¡Si acudieran gentes suponiendo atrocidades! Pero ¿qué le pasaba a esta criatura, tan modosa siempre, tan discreta en expresiones y gestos? ¿Por qué este frenesí de títere iracundo?

—Por favor María Clementina . . . No grite . . . Basta de broma . . .

—Júpiter . . . Diana . . . Defended a vuestra señora. A él . . . ¡Sús! A él . . . Al bergante desvergonza-

do . . . Mis lebreles, mis lebreles . . . Júpiter . . .
Diana . . . — repitió azuzando esa jauría no sabía
contra quién, sintiendo que la modelaba un hálito in-
humano, al filo del vértigo, empavorecida porque en
lo alto la pata del caballo se distendía iniciando el paso
y un denso viento, ese viento que ella había esperado
siempre que soplara trayendo la desolación, el llanto
y la muerte, la arrastraba implacablemente, más allá
de la conciencia, del fantasmal trasmundo donde la
otra voz seguiría imponiéndose a la silenciosa contra-
corriente de la suya.

LA NIÑA
QUE QUISO SER ESTAMPA

AQUELLO comenzó un día de impensada Primavera, cuando la abundante señora exclamó entre grititos:

—¡Mirá qué belleza! ¡Tesoro! Parece un ángel de estampa . . .

Que era un ángel, la niña lo sabía, pero no estampa. Guardó la palabra en el recuerdo y se quedó inmóvil cautelando puertas para que no se le escapara. La abuela miraba su obra de arte, que ya empezaban todos a reconocer, y dijo, llamándose a modestia:

—Ángel de estampa no . . . Es tan sólo una niñita buena.

—¡Y qué traje! ¿Es de Maribé?

La abuela contestó, casi a punto de perder la compostura:

—Hecho por estas manos. En nuestra casa es tradición que las mujeres borden.

—Se diría trabajo de hadas. ¡Qué delicadeza!

Parecía una estampa, pero no representando un ángel, sino una niña del pasado siglo que mostrara un ajustado corpiño, una ancha falda hasta media pierna, una aglobada manga, todo en un color de rosa desvanecido y levemente violáceo, lleno de encajes y de bordados. Pero el encanto no estaba en la vestimenta, ni siquiera en la evocación, sino en la niña misma, espigada, sin ninguna de esas rollizas características que definen la infancia, toda ella hecha en un material moreno, vivo y mate, pétalo tierno de magnolia. El cabello partido en crenchas caía en bucles por la espalda. Y las facciones perfectamente definidas hubieran sorprendido e inquietado en un niño, si los ojos castaños, punteados de oro, no tuvieran una expresión inmensamente pueril.

Días después la niña preguntó a la abuela:

—¿Qué es una estampa?

—Estampa . . . — dijo la abuela, cansada como estaba de la indagación constante —, estampa es . . . una estampa inglesa.

—¿Y qué es una estampa inglesa?

—¡Ay! ¡Qué niña! Las que están en el escritorio del abuelo.

—¿Cuáles?

—¡Ay! ¡Qué mosca! Esas que representan a dos caballeros, de levita roja, fumando largas pipas al

lado de la chimenea. Y la otra, en que varios caballeros están bebiendo cerveza en una taberna. Y las otras dos, en que otros caballeros, también con levitas rojas, van de caza con unos perros.

La niña pensó un rato y luego la sobresaltó con otra pregunta:

—Abuela: ¿para estar en una estampa se necesita ser caballero y llevar levita roja?

—¡Ayayay! . . . Hijita, ¿quieres irte a jugar al jardín?

Pero no se dejó imponer. Y preguntó tozudamente en su idea:

—¿Los ángeles pueden estar en las estampas?

—Claro — asintió la abuela sorprendida del descubrimiento. — En las estampas sagradas, las que tienes en tu libro de oraciones. Estampa es — terminó contenta de dar fin a la explicación — un cartón o un papel, grande o chico, que representa algo muy bonito.

La miró la niña sostenidamente, buscando que aquello fuera la verdad total, y al fin, alzándose con despacioso ritmo, besó la mejilla de fino papel sedoso, arrugado de años, y dijo:

—Gracias, abuela.

Y se fué al escritorio a mirar las estampas, que no le gustaron, con aquellos caballeros rubicundos, aho-

gados por la risa y los altos cuellos, como tampoco le gustaron los otros, jinetes en corceles galopantes y con trailla a la siga. No. Pero sí le gustaron, miradas ahora con reflexiva atención, las figuras de lo que ella, hasta entonces, había llamado "santitos" y que en el libro de tapas de nácar que fuera de su madre marcaban las diferentes oraciones y eran recuerdo de la primera comunión de sus primos y de sus amigos.

Una estampa era algo muy bonito. Y ella parecía una estampa . . . Lo había dicho aquella gorda señora, no sólo dirigiéndose a ella y a la abuela, sino que lo repetía a todo el enorme grupo familiar y de relaciones sociales que las rodeaban siempre. Porque la abuela era una dama patricia. Pero ella, María Casilda, era una estampa. Y desde entonces se esmeró en parecerse a las figuras que le servían de modelo. Por temperamento sus actitudes eran plásticas, poseía el sentido de la armonía y del color. No tuvo más trabajo que vigilarse y, sobre todo, vigilar la impresión que producía. Ese era su triunfo al principio. Sentir cómo todos iban callando, convergiendo las miradas en ella, para que alguien, con un renovado fervor, dijera la frase que era ya habitual:

—¡Parece una estampa!

Pero se cansaron de repetirla y un día cualquiera

la olvidaron. Lo que no hizo mella en la niña, que ahora creaba la estampa para su propio goce.

Todo ese proceso fué tan imperceptible que se hubieran necesitado ojos muy sagaces para sorprenderlo. Imperceptible, porque siempre fué María Casilda una de esas criaturas tranquilas y silentes, acostada en la cuna, en su sillita más tarde, con un juguete en la mano, distraída y siempre los ojos solicitados por mínimos acontecimientos que la abstraían y regocijaban en lo recóndito.

Los otros niños querían sumarla a sus algaradas. Los mayores la incitaban al juego. Pero ella, siempre y dulcemente, decía: — “Gracias” — y se quedaba quietita, mirando un vilano revolar por el patio hasta prenderse en la mano dura de una palmera o contemplando la comba del agua del surtidor y su instantáneo iris o hacía y deshacía gigantes, camellos, el pájaro que canta y el agua que llora, la princesa, el gato con botas y la calchona, rompecabezas de nubes, mucho más apasionantes que los fríos cubos que gustaban a los demás niños.

En sus breves espaciadas visitas, entre avión y avión que lo traía de la Patagonia de las pingües aventuras ovinas, el padre decía súbitamente, inquieto:

—Hallo a la niña muy delgada, mamá. Y siempre silenciosa y sin moverse. ¿No estará enferma?

—No. ¡Qué va a estar enferma! Ni un resfrío ha tenido en el último invierno. Es así y nada más.

—¿No sería bueno hacerla examinar por el médico?

—Si tú lo deseas . . . se hará tu voluntad . . .

—No, no, mamá, no es eso . . . En fin: decida usted, que nadie lo hará mejor . . . — y se quedaba pensando, enternecido y risueño, que en ese medio de viejas mujeres, en el marco de la casa colonial, no era posible que María Casilda fuera sino “como una niña grande”. Y también súbitamente se tranquilizaba, abstraído después en sus quehaceres.

¿Cómo, entonces, percibir los matices del cambio?

Hubiera sido necesario estarla mirando siempre. Sorprender la forma en que acomodaba la falta en torno al asiento, en una banqueta frente a la abuela entregada a prolijas obras de aguja, con el costurero de caoba entre ellas y al fondo la cómoda ventruda y taraceada, sobre la que un Niño Jesús extendía los bracitos amorosamente bajo un fanal, entre candelabros de centellantes cristales y en el muro un retrato de la abuela jovencita, en un marco en que caracoles y conchuelas fijaban su impenitente nostalgia del mar.

Descubrir cómo en la mesa, almorzando con los mayores cuando la abuela reunía a la familia, su manito izquierda quedaba como abandonada junto al plato y la derecha creaba la más graciosa curva, acer-

cándose a un vaso, y ella, erguida y neta, empalidecía más aún, destacada en el alto respaldo del sillón en que se abrían y entrelazaban las guirnaldas de terciopelo sobre la trama de fuerte seda contrastante.

Tía Teresa la miraba atónita, con vago azoro.

Alguna vez dijo:

—Está muy delgada María Casilda.

—No — dijo a su turno la abuela —, está como siempre.

—Está más delgada — insistió tía Teresa —, sería bueno darle un tónico.

—¿Por qué no la hace ver por el médico, mamita? — propuso tío Pedro Andrés.

—Pero si la niña está completamente sana . . .

—Yo la haría ver lo mismo . . .

Y la abuela terminó secamente:

—Se tendrá en cuenta tu insinuación — y vuelta a otro hijo. — ¿Qué hay de ese asado en el campo que nos ofreciste?

Observarla de pie, junto al escritorio del abuelo, con grandes libros abiertos frente a ella, atenta a cada página, según decía la abuela “mirando monos”, libros de viajes, álbumes de museos, vidas de santos, extraño interés para sus nueve años. Reconcentrada en la observación y a veces levantando los párpados para mirar un instante la puerta abierta al patio, en que los cana-

rios lanzaban la serpentina rubia de sus trinos, mientras detrás de ella se rompían en mil colores las figuras rituales de una vidriera.

O verla al piano, en el gran salón, en que opacos lagos de espejos enfrentaban su inútil vacío, toda de blanco y menuda en el taburete con un lazo lila, grande como un polisón en la cintura, con un jazmín sobre cada sien, tocando una sonatina de Diabelli balbuciente como boca de niño y removiendo el corazón de cristal de los caireles y haciendo que las cornucopias de viejo oro quisieran echar a sus pies su carga persistente de flores y frutos, haciendo que las rosas atentas en el vaso azul sigilosamente dejaran caer un pétalo sobre la ciudad china del mantón de Manila, haciendo que la abuela en el corredor, sentada en el sofá de vaqueta y musitando las avemarías "del rosario por el eterno descanso del alma del abuelo", olvidara el rezo y súbitamente se sorprendiera en el recuerdo, acariciando con dulce mano una frente cansada y bienamada.

O prestarle atención el día en que la ciudad vibraba al recuerdo del hecho histórico y en la tribuna oficial, al aire las banderas y los himnos, junto al gobernador, porque la abuela era la única descendiente del héroe, porque la abuela nunca separaba a la niña de su cautela, estaban ambas, enjuta la viejecita, vestida a la

manera de su juventud con un guardapelo de prolijo oro entre los encajes de la chorrera y las manos asomadas entre otros encajes, dejando ver el doble anillo de viuda, el anillo blasonado de los Toledo y aquellos otros dos anillos de piedras esplendentes, de tan grande y pura luz, que lejanos diamantistas sabían de su existencia; frágil la niña, vestida también a la moda de otros tiempos, con una redecilla de perlas encasquetada a la cabeza y los bucles por la espalda; ambas ceremoniosas y afables ante el entusiasmo popular.

Al correr del tiempo descubrió un juego que la acercó a los primos. Menos uno, se subían todos a los bancos del jardín y el que estaba abajo iba dándoles la mano para invitarlo a dejarse caer al enarenado y allí tomar formas de estatua. Pero juego sin interés para los niños, con imaginaciones que trotaban por otros senderos. Cortésmente, y tan sólo cuando estaban de visita en casa de la abuela, aceptaban por una vez aquello que tildaban de "pavo". Tenía entonces la niña tal sonrisa, tal adorable encanto, que un día uno de los primos, el más como trompo girando sobre su atolondrada vitalidad, le propuso balbuciente; en un rincón en que se espesaban las sombras de los naranjos y los trinos de los pájaros:

—¿Quieres ser mi novia?

Ella contestó al punto:

—Sí.

El muchachito la miró desconcertado ante esa inmediata aquiescencia:

Ella preguntó:

—¿Y, bien?

—¿Qué? — preguntó a su vez, frunciendo el ceño, como cuando se le enredaba el hilo del barrilete en la cañuela.

—Bésame — e intentó echarle los brazos al cuello y formar la estampa.

Pero el muchachito la separó bruscamente, temeroso de las voces que se oían cerca. Y se la quedó mirando, cada vez más desconcertado, fuerza preparada para un largo asedio y que de súbito se halla inútil. ¡Y qué “adelantada” la niña para sus diez años! ¡Había que fiarse en estas “moscas muertas”! . . . Bueno . . . Para matarse de risa y para contárselo a la patota. Se puso rojo, como si lo hubieran sorprendido en la peor acción y se odió, por haber siquiera pensado en exponer a la niña a la burla de los otros. Y como si fuera un hombre, como él creía que debía ser un hombre, se prometió guardar el secreto y ser siempre para ella el novio . . . No, no, no . . . El novio, no. Pero sí un amigo y podían jurar esa amistad escribiendo sus nombres con su propia sangre en el mismo papel, como hacían los caballeros de fortuna . . . La miró de

soslayo. La niña seguía de pie, destacada sobre el muro revestido de hiedra y en la mano tenía una hojita en la que enterraba los dientes.

Se arrepintió también de este último propósito y dijo muy de prisa:

—Lo he pensado mejor. Eres muy niña y todavía no debes tener novio. Te devuelvo tu palabra.

—Sí — confesó ella sin dejar de mordisquear la hojita.

—¡Tonta! — pensó el muchacho y escapó corriendo y olvidado de la escena, apenas dió el primer puntapié a la pelota.

Ella había tenido un novio y lo había perdido. Tenía que estar triste, suspirar, poner una mano en el corazón, contemplar la tarde desteñida de tonos, quedarse pálida y enflaquecer, tomar vinagre y desear morir, porque la vida para ella no tenía ningún objeto. Así eran las heroínas de las novelas color de rosa que la abuela, a su insistencia por leer algo que no fueran cuentos infantiles había terminado por entregarle.

Se ingeniaba para sacar a hurtadillas vinagre del reportero y beberlo sin un gesto, con una entereza de mártir. Quería morir, ella, la novia desdeñada. De noche abría la ventana y se obligaba a resistir al frío, al viento que había afilado sus cuchillas en las aristas

de la cordillera. Apenas si probaba alimentos. Adelgazaba y bajo la piel de color de cera, la arquitectura de los huesos se acusaba lamentable.

Hubo en casa de tía Teresa, un consejo de familia. Se impuso a la abuela que llevara a María Casilda al médico. Fué el día en que nació el pánico. Once años, la pubertad en ciernes y la niña sin defensa alguna, comida por la anemia. Se hablaba de reposo, sobrealimentación, inyecciones, medicinas.

Tuvo primorosas camisas de noche, rosas, celestes, blancas; tuvo batas de rasos pálidos, sembradas de ramitos y entrecruzadas de respuntes, que hacían juego con los edredones. Las sábanas eran una red de bordados en los embozos. Descansó largamente, comió sumisa, tomó los remedios, se dejó pinchar por las agujas que la empavorecían y dilataban sus pupilas.

Pero en cuanto se quedaba sola, iba sigilosamente al repostero y bebía repetidos sorbos de vinagre, con los pies desnudos sobre las losetas. Volvía descompuesta y tiritando a la cama. Esperaba el manso sueño de la abuela — que la hacía ahora dormir junto a ella, en su propio dormitorio —, para irse hasta el patio y quedarse largas horas entre dos arcos, sintiendo el corazón tumultuoso de la noche, el caer del agua en la fuente, el vuelo fantasmal de los marciélagos, los grillos tenaces y la lenta aprobación de las palmeras.

Terminaron estas escapatorias cuando la volvieron a su dormitorio, con una enfermera que no la abandonaba a hora alguna. Se creyó entonces en una reacción. Pero se equivocaban.

Llamaron al padre.

Sonó su última estampa. Iba por un camino de menudos caracoles que decían el mensaje de lejanas olas. Prados enormes de flores color de cielo bordeaban el camino, azulinas sin nostalgia de los trigales, nomeolvides guardando una diminuta pepita de oro, hortensias suntuosas como halda de infantina. No tocaban sus pies los caracoles, se deslizaba por sobre ellos, dulcemente resbalando por el "toboggan" de la brisa. El camino terminó de pronto bajo un arco y allí se quedó ella inmóvil.

Se miró los pies, que ahora sentía sobre el suelo. Y al mirarse los pies se vió el traje, como nunca se lo había hecho la abuela, tules flotantes de un claro verde, con estrellas que refulgían entre sus pliegues sujetos por una estrecha cinta de oro. Y en una mano tenía un lirio carmesí de largo tallo y la otra mano en el aire se alzaba en un vago gesto de adiós.

Fué entonces cuando aparecieron dos ángeles con dos grandes tijeras, recortaron de la vida la estampa con María Casilda y se la llevaron para fijarla en las galerías celestiales por toda la eternidad.

SOLEDAD DE LA SANGRE

EL pie era de bronce, con un dibujo de flores caladas. Las mismas flores se pintaban en el vidrio del depósito y una pantalla blanca, esférica, rompía sus polos para dejar pasar el tubo. Aquella lámpara era el lujo de la casa. Colocada en el centro de la mesa sobre una prolija carpeta tejida al crochet, se la encendía tan sólo cuando había visita a cenar, acontecimiento inesperado y remoto. Pero se encendía también la noche del sábado, de cada sábado, porque esa víspera de una mañana sin apuro podía celebrarse en alguna forma, y nada mejor entonces que la lámpara derramando su claridad por la maraña colorina del papel que cubría los muros, por el aparador tan simétricamente decorado con fruteros, soperas y formales rimeros de platos, por las puertas de la alacena, con cuarterones y el cerrojo de hierro y su candado, hablando de los mismos tiempos que la reja que protegía la ventana por el lado del jardín. Sí, en cada noche de sábado, la luz de la lám-

para marcaba para el hombre y la mujer un cuenco de intimidad, generalmente apacible.

De vivir en contacto con la tierra, el hombre parecía hecho de elementos telúricos. Por el sur, montaña adentro, mirándose en el ojo traslúcido de los lagos, pulidos de vientos y de aguas, los árboles tienen extrañas formas y sorprendentes calidades. En esa madera trabajada por la intemperie sin piedad estaba tallado el hombre. Los años le habían arado la cara y entre esas zanjas le crecía la barba, los bigotes, las cejas, las pestañas. Y las greñas, negrísimas, lo coronaban con un mechón rebelde, que siempre se le iba por la frente y era gesto maquinal suyo el colocar en su sitio.

Ahora, en la claridad de la lámpara, las manazas barajaban cuidadosamente un naípe. Extendió las cartas sobre la mesa. Absorto en el juego, despacioso y meticuloso, porque el solitario iba en camino de "salir", una especie de dulcedumbre le distendía las facciones. Apenas si le quedaban cartas en la mano. Sacó una. La volvió y súbitamente la dulcedumbre se le hizo dureza. Miró con sostenida atención las cartas. Dejó el mazo y se echó el mechón hacia atrás, hundiendo y fijando los dedos en el pelo. Volvió la dulcedumbre a esparcirse por la cara. Levantó los párpados y aparecieron los ojos como uvas, azulencos. Una mirada pre-

cauciosa que se fijó en la mujer, que halló los ojos de la mujer, grises, tan claros que a cierta luz o de lejos, daban la inquietante sensación de ser ciegos.

—Haga cuenta que no lo estoy mirando y haga su trampa no más . . . — dijo la mujer con voz cantante.

—¿Será muy feo? — preguntó el hombre.

—Como feo, es feo.

—¡Qué siempre me ha de fallar! ¡Vaya por Dios! ¡Lo haré de nuevo! — y juntó las cartas para barajarlas.

A veces el solitario “salía”. Otras “se ponía porfiado”. Pero siempre, a las diez horas que resonaban en la galería, caídas del viejo reloj, el hombre se alzaba, miraba a la mujer, se acercaba hasta poner una mano sobre la cabeza y acariciaba el pelo, una y otra vez, para terminar diciendo, como dijo esa noche:

—Hasta mañana, hijita. No se quede mucho rato, apague bien la lámpara y no meta mucha bulla con su fonógrafo. Déjeme que agarre el sueño primero.

Salió cerrando la puerta. Oyó sus trancos por la galería. Luego lo sintió salir al patio, hablar algo al perro, volver, ir y venir por el dormitorio, crugir la cama, caer uno tras otro los pesados zapatos, crugir de nuevo la cama, revolverse el hombre, aquietarse. La mujer había abandonado el tejido sobre el regazo. Respiraba apenas, entreabierta la boca, toda ella reco-

giendo los rumores, separándolos, clasificándolos, afinada la sensibilidad auditiva a tal punto que los sentidos todos parecían haberse convertido en un solo oído. Alta, fuerte, tostada de sol la piel naturalmente morena, hubiera sido una pueblerina cualquiera si los ojos no la singularizaran, haciéndole un rostro que la memoria, de inmediato, colocaba en sitio aparte. La tensión le hizo brotar una gotita de sudor en las sienas. Sentía la piel fría y, con un gesto inconsciente, pasó una lenta mano por su cara. Luego, con la misma ausencia, miró esa mano. Cada vez parecía más tensa, más como una antena captadora de señales. Y la señal llegó. Del dormitorio y en forma de ronquido, al que arrítmicamente siguieron otros.

Se le aflojaron los músculos. Los sentidos se abrieron en su exacta estrella de cinco puntas, cada cual en su trabajo. Pero aún siguió inmóvil la mujer, con las pupilas desbordadas fijas en la lámpara.

¿Cuándo había comprado aquella lámpara? Una vez que fué al pueblo, que vendió la habitual docena de trajecitos para niño, tejidos entre quehacer y quehacer, entre quehaceres siempre iguales, metódicamente distribuidos a lo largo de días indiferenciados. Compró aquella lámpara, como había comprado el aparador, y los muebles de mimbre, y el ropero con espejo, y el edredón acolchado, y . . . Sí, como había comprado

tánta cosa, tánta . . . Claro ; en tántos años ! ¿ Cuántos años hacía ? Dieciocho. Había cumplido ahora treinta y seis y tenía dieciocho cuando se casó. Dieciocho y dieciocho. Sí . . . La lámpara. El aparador. Los muebles de mimbre . . . Nunca creyó ella, de esto estaba segura, que tejiendo podía ganar dinero no sólo para vestirse, sino que para proveer de comodidades al hogar.

El dijo, apenas casados :

— Tiene que agenciarse para hacer su negocio y ganar para sus faltas. Críe pollos o venda huevos.

Ella contestó :

— Usted sabe que no soy entendida en esas cosas.

— Busque algo que sepa, entonces. Algo que le hayan enseñado en la profesional.

— Podría vender dulces . . .

— Pierda las esperanzas en estos andurriales. Debe ser algo que se pueda llevar por junto al pueblo una vez al mes.

— Podría tejer.

— No es mala la idea. Pero hay que comprar la lana — agregó súbitamente intranquilo —. ¿ Cuánto necesitaría para empezar ?

— No sé. Déjeme ver precios. Y hablar en la tienda, a ver si se interesan por tejidos.

— Si no sale muy caro . . .

Y no resultó caro y sí un buen negocio. La mujer del propio dueño de la tienda compró para su hijo la primera entrega, que era tan sólo una muestra. Un lindo trajecito, como nunca niño alguno lo tuvo por aquellos "andurriales", en que la gente manejaba dinero y adquiría cosas sin gracia en negocios en que el barril de sebo se aparejaba con los frascos de Agua Florida y las casinetas estaban junto al "bálsamo tranquilo". Fué un buen éxito el suyo. Le hicieron encargos. Tejió para toda la región. Pudo subir los precios. Nunca daba abasto para los pedidos pendientes. Cuando vió que prosperaba, él dijo un día:

—Bueno es que me devuelva los diez pesos que le presté para empezar sus tejidos. Y que no se gaste toda la plata que gana en cosas para usted no más. Claro es que no voy a decirle que me dé esa plata a mí, es suya, sí, bien ganada por usted y no le voy a decir que me la entregue — insistía siempre en lo que acaba de expresar, buscando aclarar con esa repetición su idea —; pero ya ve, ahora hay que comprar una olla grande y arreglar la puerta de la bodega. Bien podía usted hacerse cargo de las cosas de la casa, ahora que maneja tanta plata, sí . . . tanta plata . . .

Compró la olla grande, hizo arreglar la puerta de la bodega. Y después compró, compró . . . Porque significaba una alegría ir convirtiendo aquella destar-

talada casa de campo, comida por el abandono, en lo que ahora era, casa como la suya allá en el norte, en el pueblito sombreado de sauces y acacias, con el río cantando o rezongando valle abajo y la cordillera ahí mismo, presente siempre, fondo para las casitas como de juguete: azules, rosadas, amarillas, con zaguanes anchos y un jazmín aromando las siestas y frente al portalón un banco pintado de verde propicio a las charlas de prima noche, cuando los pájaros y el ángelus se iban por los cielos en el mismo aire, y los picachos tenían súbitos rosas y lentos violetas, antes de dormirse bajo el cobijo de atentas estrellas fulgurantes.

Cerró los párpados, como si también ella debiera dormirse al amparo de esa cautela. Pero los abrió en seguida, escuchó de nuevo, segura de oír el ritmo del que dormía. Entonces se alzó y con silenciosos movimientos abrió la alacena, y del más alto estante fué sacando y colocando sobre la mesa un viejo fonógrafo, inverosímil de forma, como un armarito cuyas portezuelas mayores abiertas dejaban ver un encordado de cítara, al sesgo sobre la boca del receptor, que no era otra cosa que un pequeño círculo horadado en la caja sonora. Abajo otras portezuelas, más pequeñas, dejaban ver el asiento verde de los discos. Aquél era lujo suyo, no como la lámpara, lujo de la casa, sino suyo, suyo. Comprado cuando la señora de "Los Tapiales",

de paso por el pueblo, la hallara en la tienda y viera sus tejidos y le preguntara si podía hacerle unos abrigos para sus niñitas. ¡Qué linda señora, con una boca grande y tierna y la voz que arrastraba las erres, como si fuera madama y no lo era y eso a ella le daba tanta risa! ¡Cómo tuvo de trabajo ese verano! Fué entonces cuando vió cumplido su anhelo de tener un fonógrafo con discos y todo. El se lo dejó comprar. ¡Para eso ganaba harta plata!

—Cómprelo no más, hijita. Lo suyo es suyo, claro; pero bueno sería que también se ocupara de ver si me puede comprar una manta a mí, que la de castilla está raleando. Porque yo la manta la necesito y como tengo que juntar para otra yunta, no es cosa de distraer pesos y como usted está ganando tanto. Pero es claro, sí, que se compra el fonógrafo también y antes que nada . . .

Primero se compró la manta e inmediatamente el fonógrafo. Nunca mayor su gozo que de regreso a la casa y el fonógrafo colocado en la mesa y ella transida, oyendo la cadencia del vals o si no la marcha que se interrumpía de pronto para dejar oír un repique de campanas. Se lo habían vendido con dos discos, que ella eligiera demorándose, indecisa, ya impaciente él por verla sin saber con cuál quedarse, porque si del disco en que estaba el vals y la marcha estaba segura

y lo tenía aparte, no hallaba otro tan de su gusto y se hacía ensayar uno tras otro todos los que estaban en el cajón. Hasta que él, cada vez más impaciente, dijo:

—Se está haciendo tarde. Mire cómo baja el sol. Hay que irse, si; nos va a agarrar la noche si no. Lleve ese que tiene separado y éste. Uno porque le gusta y otro a la suerte . . . — y sacó al azar un disco del cajón.

Que resultó con canciones españolas llenas de quejumbres, que ni a ella ni a él les gustaron, y que una vez intentó vanamente cambiar. Y cuando, tiempo adelante, insinuó tímida el propósito de comprar más discos, él, con la cara terrosa que solía poner en su hora negativa, contestó severamente:

—No más bullanga en la casa . . . Basta con la que tiene y con que se la aguante.

Nunca insistió. Cuando estaba sola, en el campo trabajando él y sus peones, sacaba el fonógrafo y de pie, con el vago azoro de estar “perdiendo el tiempo” — como él decía —, juntas las manos y rebulléndole en el pecho una espiral de gozo, se dejaba sumergir en la música dulcemente.

A él no le gustaba nada ese “perder el tiempo”. Ella lo sabía bien y no se dejaba arrastrar por el imperioso deseo de oír el vals o de oír la marcha. Pero con ese hábito de contarle cuanto hiciera en el día, con minucia a que la había acostumbrado desde el comienzo de su

vida matrimonial, decía abiertos los párpados y las pupilas dilatadas:

—Molí la harina para los peones, cosí su chaqueta de abrigo, amasé para la casa . . . — hacía una pausa imperceptible y agregaba muy ligero — : oí un ratito el fonógrafo y nada más . . .

—Ganas de perder el tiempo . . . el tiempo que sirve para tanta cosa que deja plata, sí, de perderlo . . . — lo decía en distintos tonos, a veces comprobando una debilidad en la mujer, ligeramente protector y condescendiente; a veces distraído, maquinal, echando atrás el mechón rebelde, trabajado por otra idea; a veces entorpecido, leñoso y asustándola, que nunca había podido sobreponerse a una obscura sumisión instintiva de hembra a macho, que antaño se humillaba al padre y ogaño al marido.

Cuando ella, sin insinuación alguna, compró para él aquella chaqueta de cuero, lustrosa como si estuviera encerada, negra y larga, que el tendero decía que era de mecánico y sobre la cual la lluvia no podía filtrar, así cayera en los tozudos aguaceros de la región, cuando la compró y misteriosamente la trajo a casa y dejó el paquete frente a su sitio en la mesa, para que la hallara sorpresivamente, dulcificado al verla, el hombre pasó la manaza sobre el pelo suave, peinado en trenzas y alzado como una tiara sobre la cabeza:

—¡ Buena la vieja! Trabajadora, como deben ser las mujeres, sí. Y oiga, hijita, esta noche que es sábado encienda la lámpara y así yo podré hacer mejor mi solitario. Y cuando me vaya a acostar, usted se queda otro ratito y toca su fonógrafo. Sí, lo toca, pero cuando yo me quede dormido. Dése gusto usted también . . .

Así nació la costumbre.

Bajó un poco la luz de la lámpara. De puntillas se fué hasta la ventana y la abrió, dejando entrar la noche y su silencio. Volvió a la mesa, dió la cuerda con precaución, juntó las manos y esperó.

—Tará . . . rará . . . tarará . . .

La marcha. Y súbitamente todo en su contorno se abolió, desapareció sumergido en la estridencia de las trompetas y el redoble de los tambores, arrastrándola hacia atrás por el tiempo, hasta dejarla en la plaza del pueblo norteño, después de la misa de once en domingo sin lluvia, revolando el tambor mayor la guaripola y a su siga, a paso de parada, la banda dando la vuelta final por el contorno del paseo, con la chiquillería delante y un perro mezclado a sus carreras, mientras las señoras en su banco tradicional comentaban mínimos problemas, los señores hablaban de la vendimia y ellas, ella y sus hermanas, ella y sus amigas, del brazo, con las trenzas desasosegadamente resbalando por los pechos que ya combaban suspiros, pasa-

ban, y repasaban ante los mayores, cruzando grupos de muchachos, que parecían no verlas y que al fijar lo circundante sólo a una de ellas miraban, sorbiéndola como sedientes a agua de campo, en propio manantial, con ávida boca que el deseo agranda.

Era la hora en que se estrenaban los trajes. A veces eran rosas o celestes. O blancos con lazos rosas o celestes. A veces eran rojos o marinos y esto quería decir que por el cielo de un desvanecido azul, unas nubes desfleaban sus vellones y que el viento ya se había llevado la última hoja de oscuro oro. Recordaba particularmente un abrigo rojo, con un cuello redondo de piel blanca, rizada y suave a la cara y un manchón como un barrilito, colgando del cuello por un cordón blanco también. Y la advertencia de la madre:

—Las manos se ponen en el manchón y ya no se sacan más. Claro que para saludar . . . — añadió tras una pausa reflexiva.

Iban y venían, tomadas del brazo. Cuchicheaban cosas incomprensibles, inauditas confianzas que acercaban sus cabezas, murmullos apenas articulados y que de pronto las sacudían en largas risas que dejaban perplejos a los árboles, porque no era época de nidos, o los alborozaban en aprobatorios cabeceos, en la otra época en que los pájaros trataban de glosar esos trinos. A veces — no, una vez —, levantó ella la cara para

mejor atrapar la risa que siempre le parecía caerle de arriba y así en escorzo, las pupilas hallaron la mirada de unos ojos, verdes, de verde pasto nuevo y en cara de muchacho atezado de soles, fuerte y como renewal. Un instante tan solo. Pero un instante para llevárselo a casa y atesorarlo y meterlo en lo hondo del corazón y sentir que una angustia y un calor y un deseo vago de llorar y de pasarse por los labios la yema fina de los dedos, la atormentaba súbitamente, en medio de una lectura, de una labor, de un sueño. ¡Volverlo a ver! Sentir de nuevo la impresión de que la vida se detenía en su sangre. Que ese segundo en que la mirada verde del muchacho la fijaba, era el por qué de su existencia. ¿Quién era? Del pueblo no, conocido no. Tal vez veraneante en los alrededores. Cautelaba su secreto tesoro. Charlaba menos, reía rara vez. Pero las pupilas parecían agrandársele, anegarle la cara en esa busca de la silueta vigorosa, vestida como no se vestían los muchachos del pueblo. Llegaba en un auto chiquito. Lo dejaba al costado del club. Iba a misa. Lo divisaba atento y circunspecto, en el presbiterio, un poco al margen del grupo de hombres. Terminada la misa iba a la confitería, llenaba de paquetes el auto, daba después una vuelta por la plaza para ir al correo, deshacía camino, subía al coche y partía.

Claro era que las otras muchachas lo habían notado.

Y muertas de risa con sus indumentarias, con los pantalones de golf o de montar, le llamaban "el Calzonudo". Para su recóndita desesperación.

Seguía la marcha llenando la casa de acordes. Irrumpían las campanas. Como un repique. Igual que en ciertos domingos, cuando había misa mayor, pero éstas eran campanas más sonoras, más armónicas, como si a la vez que tocaban el repique se mezclaban a ellas acentos de inusitado goce.

Terminó la marcha. Cambió la aguja, giró de nuevo la manivela, volvió el disco y ahora el vals empezó a girar alrededor de la mesa, música como que bailara, compás que creaba lentas o rápidas pompas de jabón desplazando sus colores.

Nunca supo cómo se llamaba, quién era, de dónde venía. Un domingo no apareció. Ni otro. Ningún otro. Una chiquilla dijo:

—¿Qué será del Calzonudo?

—Se lo habrá comido la Calchona . . . — contestó otra y se echaron todas a reír.

A ella le dolía el pecho y por la garganta le hurgaba la uña fina del llanto. Se le atirantaban las comisuras de la boca y los ojos, como nunca, le llenaban la cara. Ya en la casa buscó el rincón más recoleto, en la pieza de los trastos, entre la caja del piano y una ruma de colchones, y allí largó su pena, abrió el corazón, de-

jándola salir y envolverla en su pegajoso manto, adherido a ella como nueva piel, humedecida y dolorosa. Le llovían las lágrimas por la cara. No verlo más. Nunca saber su nombre. Nunca volver a encontrarlo. Arreciaba el llanto. ¿Qué mirada iba a tener para ella esa magia? ¿Ese quemar que le ardía adentro, no sabía dónde, como un anhelante espera de no sabía que dicha? ¿Su nombre . . . ? Enrique . . . Juan . . . José . . . Humberto . . . ¿Y se llamaba Romualdo, como su abuelo? No importaba. Ella lo querría siempre, con cualquier nombre . . . Lo querría . . . Quererlo . . . Quererlo como quiere una mujer, porque ella ya lo era y sus quince años le maduraban en los pequeños pezones, mulliendo zonas íntimas y dando a su voz un súbito trémolo obscuro. Quererlo siempre . . . Parecía deshacerse en llanto. Y de repente se quedó quieta, suspirante y quieta, sin lágrimas, con la pena diluída, sin forma y lejana. Suspiró de nuevo. Se limpió los ojos. Y se halló pensando en que a lo mejor estaban buscándola por la casa, que debía ir a lavarse la cara sollamada, que . . . sí, era una vergüenza confesárselo, pero tenía hambre. Y se fué pasito por entre los trastos, atisbando para salir sin ser vista, e ir a refrescarse la cara en el pilón del patio.

La madre la miraba a veces, azorada, y solía murmurar:

—Qué mujerota de chiquilla . . .

El padre era más definitivo en sus conclusiones y decía a gritos:

—Mire, Maclovia, a ésta tenemos que casarla cuanto antes.

Por años lloró su pena entre la caja del piano y la ruma de colchones. Nunca nadie supo nada. Le levantaron las trenzas que desde entonces llevó como tiara alrededor de la cabeza, bajaron los dobladillos de todos sus vestidos. Nadie decía que era bonita. Pero no había hombre que no se sobresaltara al verla, perdido en la contemplación de los ojos grises, con algo que era casi un vértigo ante la pulpa ardida de la boca. Aparecía cortés e indiferente. Tenía que guardar su recuerdo, cuidar su ensueño y tan sólo en un país de silencio podía hacerlo. Los hombres la miraban, se detenían un punto junto a ella, pero todos, unánimemente, se iban hacia otras muchachas más asequibles a su cortejo.

El padre presentó un día al futuro marido. Era de tierras del sur, propietario de una hijuela, de vieja familia regional. Ya mayor, claro que no “veterano” — ésto lo decía la madre. Como añadía también —: “Buen partido”.

Dejó, indiferente, que entre unos y otros interpretaran su aquiescencia y la casaran. Este u otro era lo mismo. Que ninguno era el suyo, el que ella quería,

mirada verde para dulzor de su sangre. ¿Este? ¿Otro? ¡Qué importaba! Y había que casarse — según decía la madre, sonriente y persuasiva y según ordenaba el padre, con su voz tonante que no aceptaba disensiones.

Recordaba lo incómodo del traje de novia, la corona que le oprimía las sienes y su terror a desgarrar el velo. El novio murmuraba:

—Costó tan caro . . . cuídelo . . .

Terminaba el vals. Un momento el silencio llenó la casa, un tan completo silencio que hacía daño. Porque era tan completo que la mujer empezó a sentir su corazón y el terror le abrió la boca y entonces sintió el jadear de su respiración. Pero también sintió el ronquido en la otra pieza, cortado al interrumpirse la música y que de nuevo el subconsciente tranquilizado imponía al dormido. Oyó luego un grillo en el patio. Se alzó lentamente y miró, afuera, el campo negro y extenso, que sabía llano, sin nada en la lejanía sino el anillo del horizonte. Llano. Llanura. Y en medio ella y su vigilia, alzando recuerdos, acariciando el pasado. Perdida en el llano. Sin nadie para su ternura, para mirarla y encenderle dentro ese ardor que antes le caminaba por la sangre y estremecía su boca bajo el tembloroso palpar de sus dedos. Sola.

Se volvió al fonógrafo. Hubiera querido repetir el sortilegio. De nuevo alzar el lienzo melódico para allí

proyectar una vez más las imágenes. Pero no. El reloj dió una campanada. Las diez y media. No fuera a despertar . . .

Con la misma cautela de quien maneja seres vivos y frágiles, guardó el fonógrafo, los discos, cerró la alacena, puso la llave en su bolsillo. Del aparador sacó una palmatoria, encendió la vela.

Entonces apagó la lámpara.

Y salió a la galería, detrás del fuego fatuo de la luz y seguida por entrechocadas sombras de pesadilla.

* * *

Cuando llevó el arroz con leche al comedor, creyó haber realizado el último viaje de la noche y que entonces podría sentarse a esperar que el huésped se fuera. Pero los dos hombres, lámpara por medio, cuchareaban alegremente como niños y, una vez rebañado el plato, levantaron ambos la cabeza y se la quedaron mirando, pedigüeños y golosos.

—Sírvanse otro poquito — dijo ella arrimando la fuente.

—¡Cómo no, Patrona, si está que es un gusto comerlo! — admitió el huésped.

—¡Es que la vieja tiene buena mano para estas

cosas! — y agregó el hombre confidencialmente, porque el vino se le estaba desparramando por el cuerpo —: Cosas que le enseñaron en la profesional; vale la pena tener mujer leída, amigo, sí; se lo digo yo y créame . . .

Ella esperaba, incómoda en la silla, las manos modosamente sobre el mantel. Habían comido con abundancia de res muertas en el día y el vino terminándose en la damajuana. Sería cuestión de aguardar un rato la obligada sobremesa y entonces el huésped se iría. Que su casa estaba lejos y la noche se mezclaba al viento y grandes nubarrones hacían y deshacían formas sobre pálidas estrellas.

La distrajo la voz del hombre:

—¿Y ese café? Apúrese, que el tren no espera . . . — y rió su frase, dando un puñado sobre la mesa que hizo vacilar la lámpara.

No habían terminado sus viajes a la cocina . . . Salió a la galería, pensando, afligida, que a lo mejor el fuego estaba ya apagado y encandilarlo era tarea para rato. Pero bajo las cenizas el punteado rojo del rescoldo la hizo casi sonreír y el agua estuvo pronto hervida y la cafetera, importante en sus dos pisos, sobre la bandeja, y ella de nuevo atravesando la casa oscurecida, que la luz del reverbero sólo parecía esperar lo negro en los rincones.

En el comedor, los dos hombres discutían con parsimonia, de pie aún su cazurrería criolla, porque aquella comida estaba destinada a cerrar un negocio de compra de chanchos que el huésped viniera a ver desde el pueblo y la tarde que si yo pido y yo ofrezco, se había pasado en tanteos y todavía no se llegaba a nada concreto.

—El lunes le mando un propio con la contestación — decía el huésped.

—Es que mañana, domingo, tengo que contestarle a uno de estos lados, que también se interesa y no puedo dilatarle más, usted comprende, sí; no es cosa de dejarlo esperando y que se eche para atrás y usted también y pierdo un buen comprador . . .

—Es que usted se pone en unos precios . . .

—Los que valen los chanchos, amigo; mejores no los va a encontrar. Como esta cría no hay otra por estos lados, usted lo sabe bien, si . . .

La mujer había sacado las tazas, el azúcar, ahora les servía el café. ¡Qué arreglaran luego su negocio y el huésped se fuera! Y se sentó de nuevo, en la misma postura de antes, tan idéntica, tan como recortada en un cartón y colocada allí, tan erguida, inexpresiva y misteriosa, que, súbitamente, los dos hombres se volvieron a mirarla, como atraídos por la fuerza extática que de ella emanaba.

El huésped dijo:

—¡Tan calladita la Patrona!

Y el hombre, vagamente molesto sin saber por qué:

—Sirva aguardiente, pues . . .

Volvió a ponerse de pie, pero esta vez no para ir a la cocina. Abrió la alacena y se empinó para alcanzar arriba la botella arrinconada tras el fonógrafo. El huésped que la miraba hacer, preguntó solícito:

—¿Quiere que le ayude, Patrona? Le queda alta la botella.

—Mírenla que arisca la botella . . . por algo había de ser mujer. Pero para eso estoy yo aquí . . . — exclamó el hombre y se alzó a tomarla.

Le tropezaron las manos en el fonógrafo y añadió, gozoso de hallar otro homenaje que ofrecer al huésped:

—Vamos a decirle a la Patrona que nos toque un poco el fonógrafo. Yo le llamo su bullanga. Porque hay que ver cómo es de gritón, pero a ella le gusta y yo la dejo que se saque el gusto. Así soy yo, sí. Toque algo para que oiga el amigo. Ponga lo más bonito. Pero antes nos sirve trago.

Colocó al borde de la mesa la botella y el fonógrafo. La mujer se había quedado quieta, oyendo lo que el hombre decía. Pero cuando las manazas se apoderaron del armarito, una especie de resentimiento le remusgó en el pecho, lento, iniciándose apenas. El fonógrafo

era su bien suyo, y nadie tenía derecho sobre él. Nunca nadie lo había manejado, sino sus manos de ella, que eran amorosas y como para un hijo. Tragó saliva y los dientes se le apretaron después, marcándole la arista dura de la mandíbula, igual a la del padre e igual a la del lejano abuelo que viniera de Vasconia. Pensó que el aguardiente los haría olvidar la música y en vez de los pequeños vasos de vidrio verde y engañoso, en que apenas si cabía una dedalada de líquido, puso los otros grandes y los llenó a medias. Los hombres olieron el aguardiente, levantaron después los ojos, a la vez que entrechocaban las copas y a una voz dijeron:

¡Salud!

Y vaciaron de un sorbo el contenido.

—¡Esto es aguardiente! —.dijo el hombre.

El huésped contestó con un silbido que pareció quedarle en la boca fruncida, gesto de estupor, porque súbitamente algo empezaba a bailar en los músculos sin intervención de su voluntad y esto lo dejaba así de perplejo y tan contento por dentro.

—Volvamos a hablar del negocio — propuso el hombre —. Ya está bueno que se decida, sí; mi precio es razonable, usted bien lo sabe y sabe que se lleva chanchos que en cualquier mercado se gana el doble, así; criados a chiquero y media sangre el barraco, especiales para jamones . . .

El otro sonrió vigorosamente y asintió a cabezadas.

—¿Trato hecho, entonces? — preguntó el hombre —
¿Trato hecho?

—Bueno el aguardiente, no se toma mejor por estos lados, ni en el hotel de los Piñeiro — era curioso lo que sentía: siempre esa especie de movimiento muscular que ahora se polarizaba en las rodillas y le lanzaba las piernas hacia todos lados, irreductiblemente, igual que a un payaso. ¡Y estaba tan contento!

—Bueno el aguardiente, claro; es regalo de mi suegro, que es del lado de las viñas y comercia en vinos. De lo mejor. ¿Trato hecho?

—¿Trato de qué? — preguntó estúpidamente, atento a su deseo de reír, a su imposibilidad de reír y al desconsuelo que empezaba a inundarlo. Y las piernas por debajo de la mesa bailándole, bailándole . . .

—Del negocio de los chanchos, pues . . .

—¡Ah! Sí, de veras . . . ¿Pero la Patrona no iba a tocar la . . . — cómo le dijo — La . . . bueno: el fonógrafo?

La mujer lo odió con una violencia que lo hubiera destruído al hacerse tangible. Todas las malas palabras que oyera en su existencia y que jamás dijo, se le vinieron de pronto a la memoria y las sentía tan vivas que su asombro era que los dos hombres no se vol-

vieran a mirarla, despavoridos y enmudecidos ante esa avalancha grosera.

—¿Trato hecho?

—Música . . . música . . . la vida es corta y hay que gozarla . . .

Pero en vez de alargar la mano al fonógrafo, la mujer la había extendido hacia la botella y de nuevo les servía, desbordando las copas. Y como cada cual absorto en su idea no viera que se la había puesto delante, fué ella quien dijo, repentinamente cordial:

—¡Sírvanse! — e hizo un inconcluso gesto de invitación, una especie de saludo que se quedó en el aire, paralizado, mientras los miraba beber. — ¡Salud! — le sorprendió el sonido ronco de su voz diciendo el buen augurio.

—¿Trato hecho? — insistió el hombre, enredada la lengua a las consonantes.

El otro no oía nada, sino que sentía crecer la marea de congoja, a la par que en sus oídos una chicharra se puso a mover su constante serrucho de siesta. ¿Y por qué le bailaban las piernas?

—Hermano, soy bueno . . . yo no merezco esto . . . — y la congoja se le desbordó en un hipar —. No quiero que me bailen las piernas, mis piernas son mías, mías . . . Música . . . — gritó súbitamente y medio

se alzó, pero le falló el impulso y se fué de bruces sobre la mesa

La mujer los miraba, quieta, con los ojos tan abiertos e inexpresivos, tan claros, tan enormes en su grisura. Que no se acercaran a su fonógrafo, que no fueran a tomarlo, era suyo, allí residía su vida interior, su evasión a los días incoloros. Ella era exteriormente semejante a la llanura, plana, con la voluntad del marido como el viento rasándola, pero al igual que bajo napas de tierra está la corriente multiforme del agua, así ella tenía dentro su agua cantante diciendo las cosas del pasado. La música era de ella. De ella y ¡ay de quien se le acercara!

Pero el huésped alargó una mano torpe y la posó en las portezuelas del fonógrafo, tratando de abrirlas. Que no las abrió, porque ella, violentamente en pie y dura sobre la mano de él, dijo también duramente:

—No. Es mío.

El huésped la miró, fruncida la boca y tratando de pensar algo que acaba de olvidársele. Recordó de pronto. Y volvió a estirar la mano que ella le quitara de la pequeña aldaba.

—¡Le digo que no!

—Mire como me agravia, hermano . . .

El hombre insistió codiciosamente:

—¿Trato hecho?

—Música . . . — contestó el huésped empecinado.

—¿Por qué no toca algo? Meta bullanga no más hijita, sí; a su gusto. ¿No ve que vamos a cerrar el trato?

No pondría las manos en el fonógrafo. Eso nunca. El huésped se había alzado y esta vez sí que le obedecieron los músculos. Pero la mujer previó el ataque y se interpuso defensiva. El otro trastabilló por el comedor, hasta dar con la pared y se volvió encendido en delincuencia, ciego para todo lo que no fuera su idea.

—Música . . . Música . . .

—¿Qué se ha vuelto loca? ¿Qué le pasa? — preguntó el hombre

El huésped estaba sobre ella y ella sobre el fonógrafo, con todo el cuerpo defendiéndolo. Luchaba. El hombre los miró un instante estupefacto, repitiendo:

—¿Qué se ha vuelto loca? ¿Qué se ha vuelto loca?

Pero cuando el huésped dió un grito agudo porque los dientes de la mujer le desgarraban una mano, se abalanzó a separarlos, a defender al amigo, a defender su negocio, su trato ya casi hecho . . .

Ella les daba patadas y mordiscos, animalizada, furiosa, como si en el monte una puma defendiera los lechales. Los hombres no sabían por qué recibían pu-

ñadas, por qué rodaban por el suelo, por qué la mesa se tambaleaba y la lámpara oscilaba su luz en un mareo peor que el de sus estómagos. El fonógrafo cayó con estrépito y las cuerdas resonaron, lamento de arboleda a la que arranca un fuerte viento sus hojas. El huésped estaba sentado en el suelo, aturdido y de pronto se le soltó el llanto en sollozos que interrumpían los hipos. El hombre se apoyaba en la ventana, atónito con todo aquello y mirando a la mujer que mostraba desgarrada la ropa, deshecha la nobleza del peinado, con un tajo largo en la cara, limpiándose con el delantal rojo de sangre, manchada la blusa, empecinada en recoger del suelo los pedazos de los discos rotos, mirándolos y sollozando, limpiándose la sangre, sollozando y mirando dónde otros pedazos y limpiándose la sangre y sollozando.

Pero el huésped lo distrajo con sus enormes hipos.

—Hermano . . . yo creía que estaba en casa de un hermano . . . Me han agraviado . . . a mí . . . — se lamentaba entrecortadamente.

—No llore más, hermano — y de súbito vuelto a su idea y lleno de solicitud y ternura —: ¿Trato hecho?

—Mugres, eso son nada más: mugres . . . — gritó la mujer y con su haldada de pedazos salió del comedor, cerrando la puerta con un retumbo que asustó a las

ratas en el entretecho, e hizo que el perro la mirara sostenidamente con sus lentejuelas brillosas en la penumbra.

* * *

Afuera restallaban las crines de viento desatado en frenéticos galopes. Las nubes se habían apretujado, densas y negras, tiñendo los ámbitos y sin dejar ver perfil de cosa alguna. Como si aún los elementos no hubieran sido separados. Un grillo atestiguaba inmutable su existencia.

Iba huidiza, apretados contra el pecho los los destrozados discos, sintiendo el fluir de la sangre por la herida, caliente y pegajosa en el cuello, adentrándose la piel fina del pecho. Caminaba con la cabeza gacha, rompiendo la negrura y el viento. Caminaba. La casa estaba lejos, que no sólo borrada por la sombra. El grillo quedó en lo imperceptible, tenazmente inútil. Podía estar en el llano y ser el centro vivo de lo circundante, desolado, podía estar en un valle limitado por ríos y precipicios, podía andar, andar, sin fin, hasta caer deshecha en la tierra dura, empastada hasta el mismo nivel con idéntica hierba, podía de pronto resbalar por la barranca e irse a estrellar en las lajas

de un río sorbido por rojizas arenas, podía . . . Podía cualquier cosa suceder en ese negror de caos, confuso y pavoroso. Que a ella todo le era indiferente . . .

Terminar con todo. Morir contra la tierra, destrozarse en la hondonada. No sentir más ese ardor corrosivo, hiel en la boca y adentro hurgándole. Terminar con todo. No esforzarse más por saber qué características tuvo tal día, empecinada en sacar de la suma de nebulosas una fecha para diferenciarlo. No vivir mecanizada en el trajín y en el tejer, esperando que llegara el sábado para comer el mendrugo de recuerdos, incapaz de saciar la angustia de ternura de su corazón. Terminar con la sordidez rondándola, con el disfraz del “haga como quiera, pero . . .”, de la meticulosidad, de la solapada vigilancia. No ser más. Nunca más volver a la casa y hallarse diciendo lo hecho y lo rendido, oyendo la insinuación de lo necesario por comprar y lo preciso por realizar. No encallecerse las manos majando trigo ni con los ojos llorosos al humo del horno ni sintiendo la cintura dolida frente a la batea del lavado. Jamás esmerarse en pintar una tablita y hacer una repisa, ni empapelar las habitaciones, enflorándolas como un remedo de jardín. Nunca. Ni nunca más sentirlo volcado sobre ella, jadeante y sudoroso, torpe y sin despertarle otra sensación que una pasiva repugnancia. Nunca.

Le dolió como una larga punzada la herida que el aire enfriaba. La tocó y halló entre la sangre un punto duro. Pedazo de vidrio. Cacho de vaso roto que no supo cuándo en la lucha se le enterró allí. Con una especie de insensibilidad al dolor lo removi6 para sacarlo. Dió un gemido. Pero furiosa consigo misma, de un tir6n brusco que desgarr6 m6s profundamente la carne, lo extrajo y arroj6 lejos.

La sangre le corría por los dedos, por el cuello, por los senos. Toda manchada y pegajosa. Siguió andando. Desaparecer. Pero antes sollozar, gritar, aullar. El viento, con sus rachas, parecía metérsele por la carne abierta y hacer intolerable el dolor. M6s grande aún, m6s agudo que el otro que le destrozaba el sentimiento. De pronto la mano que empuñaba el delantal, sosteniendo siempre los rotos discos, se abri6 y todo aquello rod6 por el suelo. Dió unos pasos m6s, cay6 de bruces para llorar sollozos que el viento agarraba con su fuerte mano y esparcía por los confines.

Como si el agua de los claros ojos al fin pudiera ser agua. Sentía que la boca se le abría y los extraños ruidos que lanzaba su garganta y los párpados ardiéndole y la frente rugosa y la sal del llanto. Y una mano pegada a la herida, violentamente dolorosa, y la sangre corriendo entre sus dedos y una trenza que debía estar empapada humedeciéndole la espalda. Se alz6 sobre un

codo, volteó la cabeza. Y dió un grito agudo, porque por la cara le calentó un aliento, y algo inhumano la empavoreció hasta perder el sentido.

El perro a ratos la olfateaba ruidoso, otros le lamía las manos, otros se sentaba y alzando la cabeza muy alto, con el hocico tendido hacia misteriosos presagios, dada su largo aullido lunero. Le lamía la cara cuando la mujer volvió en sí, e instantáneamente supo que era el perro, aunque no sabía dónde estaba. Se sentó de golpe y de golpe también tuvo el recuerdo de lo inmediato.

Era como si no lo hubiera vivido. Tan extraño, tan ajeno a ella. Casi como la sensación de la pesadilla que acaba de hundirse en lo subconsciente. ¿Huía de un sueño, volvía de una realidad? Un gesto, al querer acariciar al perro que la rondaba inquieto, le dió el exacto contorno de los hechos. Gimió y el perro buscó de nuevo su rostro. Pero lo apartó obligándolo a tenderse a su lado. Restañó la herida que manaba de nuevo sangre.

Se podía morir desangrándose. Estarse así, quieta en la noche, en la proximidad cordial del perro, hasta que la sangre se fuera escurriendo y con ella la vida, esa vida aborrecible que no quería conservar para provecho de otro. Eliminándola, vengaba las humillaciones, los rencores acumulados sordamente, el resentimi-

miento de su existencia frustrada. Quitarse de en medio para que la soledad fuera el castigo del que no tendría quien trabajara, rindiera y diera cuenta de hechos y pensamientos, máquina para su regalo desaparecida y que le costaría hallar otra tan perfecta. No verlo más. Nunca ponerle delante la carne medio asada y verlo masticar con sus dientes de súbita blancura. Ni ver su mirada irse velando de niebla, cuando el deseo lo hacía estirar la mano hasta su cuerpo vanamente esquivo. No saberlo enredado en subterráneos cálculos:

—“Esto lo compra usted, porque esta platita mía es para guardarla y comprar cuando se pueda el campo de los Urriola, que están muy entrampados y tendrán al fin que vender, sí; o el campo de la viuda de Valladares que con tanto chiquillo no va a prosperar, y se lo van a sacar a remate, por las hipotecas . . .” — Esperando como buitre, paciente, el momento de alzarse con la presa. Tierras. Tierras. Todo en él se reducía a eso. Vender. Negociar. Juntar dinero. Y comprar tierras, tierras.

No ser más. No pensar más. Sentir como la sangre se iba entre sus dedos, corriendo pegajosa por el pecho, aposándose en el regazo, humedeciendo sus muslos.

El perro gemía ahora bajito, cada vez más inquieto. La mujer, súbitamente, abrió los ojos que ya no tenían

sino la propia agua clara del iris y enfrentó una verdad: morir era también nunca más sacar los recuerdos del pasado, arcón con sus imágenes de ternura. Nunca más recordar . . . ¿Recordar qué? Y en una rápida e inconexa superposición de imágenes, trozos de escenas, retazos de frases, vió a la madre sentada frente al portalón, a ella con sus hermanas tomadas del brazo, a las palomas volando por el aire aromoso del jardín. Sintió tan exacto el olor de los jazmines que aspiró anhelante. Pero aparecieron otras imágenes: ella llorando entre la caja del piano y la ruma de colchones, ella silenciosa en la noche bajo la medalla de la luna, buscando la réplica de esa medalla en el fondo del pilón con mano distraída, ella frente al espejo, prendiéndose en las trenzas una ramita de albahaca y unos claveles, porque la Pascua era una porfiada esperanza, ella con la cara volteada por la risa y sus ojos atrapando la mirada verde que le agitaba en el pecho un tímido pichón, tan cálido, tan tierno y tan exactamente vivo que la sorpresa de su mano era no encontrarlo allí anidado dulcemente . . . Nunca más todo eso. Morir era también renunciar al pasado.

De repente se puso de pie. Le vacilaban las piernas y ante los ojos le bailaron chiribitas. Los cerró fuertemente. Se obligó a erguirse. Y fuertemente también apretó el delantal a la cara, que no quería que la sangre

corriera por la herida, que no quería que la sangre se le fuera, que la muerte la dejara como un tendido harapo en medio del campo, sobre los yuyales, abandonada en lo negro con la sola custodia del perro. Quería la vida, quería su sangre, la ramazón de su sangre nutrida de recuerdos.

Apretó más aún contra la mejilla el delantal. Oteó la noche. Llamó entonces al perro. Se tomó de su collar. Y dijo:

—A casa — y lo siguió en lo oscuro.

INDICE

	PAG.
RAIZ DEL SUEÑO	9
UNA MAÑANA CUALQUIERA.....	19
UN TRAPO DE PISO.....	32
ENCRUCIJADA DE AUSENCIAS.....	44
LA CASA ILUMINADA	65
LA OTRA VOZ	86
LA NIÑA QUE QUISO SER ESTAMPA..	98
SOLEDADE DE LA SANGRE.....	111

BIBLIOTECA DE ESCRITORES CHILENOS

LAS mejores obras de nuestros clásicos alternadas con producciones inéditas de los más importantes autores contemporáneos.

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

- E L L O C O E S T E R O**,
por Alberto Blest Gana.
- L A Q U I N T R A L A**,
por Magdalena Petit.
- L O S H O M B R E S O B S C U R O S**,
por Nicomedes Guzmán.
- C I E L O S D E L S U R**,
por Luis Durand.
- F L O R S I L V E S T R E**,
por Elvira Santa Cruz Ossa.
- O N P A N T A**,
por Mariano Latorre.
- E L M E S T I Z O A L E J O Y L A C R I O L L I T A**,
por Víctor Domingo Silva.
- V I S I O N E S D E I N F A N C I A**,
por María Flora Yáñez.
- L A F A S C I N A C I O N , U N A E S C E N A S O C I A L**,
por Alberto Blest Gana.
- T I P O S Y C O S T U M B R E S D E C H I L E**,
por Pedro Ruiz Aldea.
- C A R T A S D E L A A L D E A**,
por Manuel J. Ortiz.
- E L C A U T I V E R I O F E L I Z D E P I N E D A
Y B A S C U Ñ A N**,
por Angel Custodio González.
- L O S P I N C H E I R A**,
por Magdalena Petit.
- E L H O L A N D E S V O L A D O R**,
por Ernesto Silva Román.
- C U A N D O L O S N I Ñ O S N O C A N T A N**,
por Samuel Gajardo.
- R A I Z D E L S U E Ñ O**,
por Marta Brunet.

En todas las buenas librerías.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
Casilla 84-D. — Santiago de Chile.



FABRICACION CHILENA
PRINTED IN CHILE

5 x 8